

BREAKING FREE INC.

UNA HISTORIA DE VIDA
ESPIRITUAL DE
Redención, Llamado y Legado



SCOTT MORMON

Rompiendo Cadenas
Una Historia Espiritual de Redención, Llamado y Legado
Por Scott Mormon

**“Me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies
sobre una roca, y afirmó mis pasos.”**
— Salmo 40:2

Tabla de Contenidos

Dedicación

Acerca del Autor

Introducción: El Milagro Que Encendió Un Movimiento

**Preludio: Días Antes de Cristo – El Camino Hacia la Ruina Capítulo 1: De la
Destrucción al Destino – Una Vida Redimida (1988)**

Capítulo 2: El Rancho de los Niños – Pastoreando a los Sin Padre (1992)

Capítulo 3: Iglesia Misionera – Una Iglesia Sin Muros (1993)

Capítulo 4: Planos Divinos – Estructurando Lo Que Dios Dio a Luz (2002)

Capítulo 5: Equipado Por Gracia – Educación, Certificación y Llamado (2002)

**Capítulo 6: Pausa Para Una Verificación De Realidad – Morir Cada Día, Resucitar
Otra Vez**

**Capítulo 7: Primer Centro de Recuperación Breaking Free – “Esperanza Sin
Muros” (2004)**

**Capítulo 8: Los Muros No Pueden Detener la Gracia – Discipulando a los
Encarcelados (2007)**

**Capítulo 9: Forjado en el Campo – Personas Transformadas, Transformando
Personas (2007)**

**Capítulo 10: Regreso a Casa Con Esperanza – Lanzando Recuperación en Texas
(2010)**

**Capítulo 11: De Huérfanos a Siervos de Jesús – La Historia de la Granja en Costa
Rica (2012)**

**Capítulo 12: Luz en las Sombras – Ministerio de Prisión y Refugiados en Italia
(2016)**

Capítulo 13: Esperanza Para Ella – Un Lugar de Sanidad y Restauración (2014)

Capítulo 14: Lanzando Redes – Pescadores de Hombres en Costa Rica II (2018)

Capítulo 15: El Santuario en la Selva – Iglesia Infantil Sin Muros

Capítulo 16: Esperanza en Casa – Amor Sin Muros en Plano (2022)

Capítulo 17: Generación Redimida – Rompiendo Cadenas Antes de Que

Empiecen (2023)

Capítulo 18: Gracia Sin Muros – Discipulado 24/7 en Costa Rica (2025)

Capítulo 19: Más Allá de las Fronteras – Un Movimiento Global de Recuperación (2025)

Epílogo: Una Palabra Personal Sobre La Familia

Dedicación

Este pequeño libro de testimonio es para ti. Para el que ha perdido la esperanza, el olvidado, el adicto, el oprimido. Para el que está despierto en la noche, preguntándose si el cambio es posible. Para el que ha quemado todos los puentes, arruinado cada oportunidad, y cree que ha ido demasiado lejos. Para el que está en prisión—ya sea tras las rejas o atrapado en la prisión de la vergüenza. Para el que lleva marcas en los brazos, oraciones llenas de lágrimas, y un corazón que apenas late. No estás demasiado perdido. No estás demasiado roto. Y nunca estás fuera del alcance del amor de Dios.

Y para cada alma con corazón de siervo que siente el llamado de alcanzar a los quebrantados—ya seas un ex-adicto, trabajador social, voluntario, madre soltera, obrero, líder laico, pastor, consejero, empresario, maestro, o simplemente alguien que no puede ignorar el dolor a su alrededor... este libro también es para ti. Dios no busca perfección—Él busca disponibilidad. Todo lo que necesita es a ti—dispuesto y rendido para servir a los que sufren.

Acerca del Autor

Scott es simplemente un pecador salvado por gracia. Una vez perdido en la adicción, prisión y profunda ruptura, todo cambió cuando se encontró con el Jesús viviente en 1988. Ese encuentro divino no solo lo rescató—lo lanzó a una misión de por vida. De esa transformación nació Breaking Free Inc., un ministerio dedicado a alcanzar a los adictos, encarcelados, personas sin hogar crónicas, y a aquellos que la sociedad suele olvidar. Durante más de tres décadas, Scott ha caminado con otros por sus valles más oscuros, siempre señalando al único verdadero sanador y libertador: Jesucristo.

Aunque ha liderado hogares de recuperación, plantado iglesias, mentoreado líderes, y servido internacionalmente en prisiones, campos de refugiados y orfanatos, Scott será el primero en decirte: nada de eso importa sin la cruz. El milagro no es él—es Jesús. Padre agradecido de cuatro hijos biológicos y siete

hijos adoptivos de Costa Rica—y ahora orgulloso abuelo de trece—la mayor alegría de Scott es ver la fidelidad de Dios desplegarse a través de generaciones. Su pasión es simple: amar a las personas de regreso a la vida, exaltar el nombre de Jesús, y seguir sirviendo en los campos polvorientos—donde más se necesita esperanza.

“Así que, si el Hijo los libera, serán verdaderamente libres.” —Juan 8:36

Introducción: El Milagro Que Encendió Un Movimiento

Este libro es para los quebrantados—los adictos, los encarcelados, los sin hogar y los sin esperanza. Escribo para ti no como alguien superior a ti, sino como alguien que una vez fue tú. Sé lo que se siente estar atrapado en la vergüenza, sentirte vacío por dentro, y creer que el dolor nunca terminará. Pero también sé lo que es ser verdaderamente libre.

En 1988, después de años de adicción y encarcelamiento, Jesucristo entró en mis ruinas y me rescató. No me limpió solo para que me viera bien—me redimió para que viviera para Él. Este no es un memorial pulido ni el currículum de un predicador. Es un testimonio del poder de la gracia de Dios. Por más de 35 años, he visto a Dios tomar vidas hechas pedazos y levantarlas como líderes valientes, llenos del Espíritu. Y cada transformación comenzó con una oración simple y rendida: “Sí, aquí estoy, Señor Jesús.”

Ese momento de rendición dio origen a Breaking Free Inc., un ministerio de alcance global comprometido a ir donde otros dudan en ir. Desde hogares de recuperación hasta bloques de prisión, desde campos de refugiados hasta esquinas de calle, llevamos un solo mensaje: Jesús aún está redimiendo vidas.

No soy un hombre de títulos ni credenciales. Soy prueba viviente de que Dios todavía usa a los menos probables para hacer lo inimaginable. Si Él lo hizo en mí, lo puede hacer en ti. Esta no es mi historia—es la historia de Dios, contada a través de una vida que Él se negó a abandonar.

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.” — Hechos 20:24

Oración

Señor, Mientras continúo escribiendo estos capítulos, te necesito—no solo para ayudarme a recordar los eventos, sino para revelar la verdad detrás de ellos: Tu verdad. Guía mi corazón al contar el dolor, la alegría, los avances y las batallas. Manténme conectado con los corazones heridos que algún día leerán estas páginas. Que esto no se trate de mí, sino de lo que Tú has hecho—y de lo que aún estás haciendo a través de vidas rendidas. Dame claridad donde los recuerdos sean confusos, valentía donde las heridas aún duelen, y gracia para contar todo con honestidad, humildad y esperanza. Haz que cada palabra sea una flecha de Tu amor—apuntada hacia la redención. Confío en que Tú guiarás el camino. En el nombre de Jesús, Amén.

Preludio: Días Antes de Cristo – El Camino a la Ruina

Antes de encontrarme con el amor de Jesucristo, mi vida estaba definida por la oscuridad, el peligro y la destrucción.

A los once años ya cargaba una pistola y andaba con una pandilla del vecindario. La inocencia infantil no fue algo que perdí—fue algo que nunca conocí. A los doce, sufrí una sobredosis de Valium, una señal temprana de que el dolor y la ruptura ya estaban consumiendo mi alma.

A los trece, cometí mi primer delito grave. Mientras otros niños estaban sentados en sus salones de clases, yo estaba aprendiendo en las calles—cómo sobrevivir, cómo buscarme la vida, y cómo enterrar lo que no podía enfrentar.

A los quince, pasé de consumir drogas a venderlas—no solo en las esquinas, sino en grandes cantidades. Descubrí que mientras más al sur ibas, más barato era el producto. Así que reuní todo el dinero que pude y me dirigí al Valle del Río Grande, cerca de McAllen, Texas, justo al otro lado de la frontera con México. Allí, las drogas abundaban—y las ganancias eran altas. Empecé a llevar grandes cargamentos de regreso a Dallas, construyendo una reputación, expandiendo una red criminal, y cavando más profundo el hoyo con cada viaje.

Eventualmente, me volví más audaz. Empecé a transportar productos ilegales en aerolíneas comerciales, tomando mayores riesgos, volviéndome más imprudente

y visible. Un día, una operación de armas salió mal. Estaba trasladando armas hacia la frontera, pero el trato colapsó—y no pasó mucho tiempo antes de que los federales se enteraran de nuestra operación. La vigilancia aumentó. La presión se intensificó. Uno por uno, comenzaron a atrapar a los del grupo. El lazo se estaba cerrando.

Para entonces, la heroína ya tenía sus garras profundamente clavadas en mí. Ya no era un traficante funcional—era un adicto desesperado, roto, fuera de control. La banda criminal que había construido se desmoronaba. Después de que arrestaran a un amigo cercano, cerré todo. La banda se dispersó. El dinero se acabó. Todo lo que me quedaba era ruina.

Drogado y vacío, recurrí al robo a mano armada para alimentar mi adicción. Tienda tras tienda, arma en mano, buscando dinero rápido y una destrucción más rápida. Cada robo se volvía más peligroso. No tenía miedo. No tenía futuro. No tenía propósito. Solo dolor.

Eventualmente, me atraparon—una alarma silenciosa y una respuesta rápida de la policía me detuvieron. Me acusaron de 22 robos a mano armada. Me impusieron una fianza de \$1.25 millones en el condado de Dallas. Recuerdo que encontré un tratado de salvación en mi litera. Lo leí. Pero estaba tan lejos, tan insensible, que las palabras apenas me llegaron. Las mismas calles que una vez me recibieron ahora me habían abandonado. Ya no me temían ni me admiraban—me habían olvidado.

Me sentenciaron a siete años y me enviaron al sistema penitenciario de Texas. Me mandaron a la Unidad Ferguson, conocida dentro de las cárceles como “la granja de gladiadores”—un entorno brutal donde sobrevivir significaba pelear a diario. No era un lugar de rehabilitación. Era un campo de batalla donde los débiles eran presa y los despiadados se alzaban con poder.

En Ferguson, no encontré redención. Encontré oscuridad aún más profunda. Me volví más violento, más perdido, más endurecido. Pandillas. Corrupción. Miedo constante. Creía ser duro—pero por dentro estaba vacío. Hueco. Cada día era una guerra—no solo por sobrevivir, sino por encontrar una identidad. Me había convertido en un joven que ni yo mismo reconocía.

La prisión no me rompió—me forjó en alguien más oscuro. Me despojó de cualquier esperanza que me quedaba y cimentó la mentalidad criminal que había adoptado. Ya no fingía. Me había convertido en lo que antes temía: solo otro alma perdida, marchando hacia la destrucción.

Pero Dios tenía otros planes.

En 1988, debido al hacinamiento en las cárceles, me liberaron inesperadamente antes de tiempo. Salí siendo el mismo hombre roto que había entrado—enojado, adicto y espiritualmente muerto. Pero la gracia ya estaba en mi camino. Aún no lo sabía, pero la persecución divina ya había comenzado.

Incluso en mi peor condición—aún siendo un delincuente violento y drogadicto—Jesús ya había preparado el camino.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” — Romanos 5:8

No había ganado una segunda oportunidad. Ni siquiera la había pedido. Sin embargo, Dios ya estaba obrando. No esperaba que yo me pusiera en orden—me amó justo en medio de mi rebelión y pecado.

“Porque yo sé los planes que tengo para ustedes”—declara el Señor—“planes de bienestar y no de calamidad, para darles un futuro y una esperanza.” — Jeremías 29:11

Capítulo 1: De la Destrucción al Destino – Una Vida Redimida (1988)

Cuando salí de la Unidad Ferguson en 1988 por el hacinamiento en las cárceles, estaba lejos de estar cambiado. Estaba enojado, adicto y emocionalmente en bancarrota. Aún tenía el polvo de la prisión en las botas, ansias de heroína en la mente y violencia en el corazón. No salí redimido—salí arruinado.

Pero la gracia ya me estaba persiguiendo.

No estaba buscando a Dios. Ni siquiera estaba arrepentido. Pero en Su misericordia, Dios me estaba buscando a mí.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” — *Romanos 5:8*

Una noche poco después de mi liberación, estaba solo planeando mi próximo robo. Las calles todavía susurraban promesas de dinero rápido y respeto falso. Pero muy dentro de mí, sentí una grieta—como si la represa de negación e insensibilidad que había construido por años comenzara a romperse. Estaba agotado. Vacío. Derrotado.

Y en ese momento, murmuré palabras que ni siquiera sabía que eran sinceras:

“Si eres real, Dios... si puedes cambiarme—entonces soy tuyo. No me queda nada.”

Esa oración no fue bonita. No fue pulida. Pero fue honesta. Y el cielo escucha oraciones honestas.

A los pocos días, un amigo de la infancia—completamente ajeno a mi clamor—me invitó a un evento en la iglesia. No quería ir. El último lugar donde pertenecía alguien como yo era en una iglesia. Pero algo me jaló. Fui... y me encontré con Jesucristo.

No escuché un coro de ángeles ni floté en el aire. Pero algo real sucedió en ese momento. Solo puedo describirlo como liberación. Años de adicción, dolor, odio, vergüenza—todo se rompió como cadenas cayendo al suelo. La oscuridad se levantó. Fue como si hubiera estado caminando ciego por años, y ahora, por primera vez, podía ver.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” — *2 Corintios 5:17*

Esa noche, no solo fui perdonado. Fui renacido.

Y ese nuevo nacimiento encendió un fuego dentro de mí que nunca se ha apagado. No solo quería ser libre—quería que otros también lo fueran. No podía quedarme callado. Tomé una Biblia, me aferré a mi testimonio, y regresé directo a los lugares que antes frecuentaba. De vuelta a los callejones, las casas de droga y los bloques de prisión. Prediqué donde antes traficaba. Hablé la verdad en los mismos sitios donde antes mentía.

No comencé con un plan estratégico, una junta misionera o una visión a cinco años. No hubo campañas de financiamiento, ni modelo ministerial pulido. Todo comenzó con una interrupción divina—un rescate que no pedí, de un Salvador en quien aún no creía.

Jesús entró en los escombros de mi vida y encendió una llama que no pudo ser apagada. No salí de ese encuentro con un currículum—salí con redención. No estaba capacitado, acreditado, ni siquiera limpio aún. Pero tenía una historia, y tenía al Espíritu de Dios. Y eso fue suficiente.

Así que fui. Crudo, sin pulir, aún áspero—entré en las calles, en las prisiones, en el dolor de otros. Mi lenguaje seguía siendo callejero, y a veces, cuando predicaba, la gente me miraba como si hablara otro idioma. Pero entonces el Espíritu Santo se movía. Las lágrimas comenzaban a fluir. Los corazones se ablandaban. Personas de todo tipo—adictos, empresarios, pandilleros, madres solteras, feligreses—comenzaban a recibir a Cristo o a volver a Él con propósito renovado. No era yo. Era Dios, obrando a través de un vaso roto que Él había hecho nuevo. Predicaba con lágrimas. Predicaba con pasión. Predicaba con urgencia—porque sabía lo que era estar perdido, y ahora había sido hallado.

Durante los siguientes tres años, recorrí las calles con otro ministro, formando un equipo callejero de jóvenes y adolescentes. Salíamos cada semana con la Palabra de Dios y un deseo ardiente de alcanzar a los perdidos. Compartíamos Escritura con adolescentes en las esquinas, hablábamos con pandilleros en callejones, e incluso buscábamos satanistas escondidos haciendo rituales. Ministré a reclusos a través de barrotes, buscando los corazones que una vez compartieron mi estilo de vida.

Una y otra vez, vi a otros rendirse como yo. Hombres endurecidos se arrodillaban. Adictos, criminales y almas olvidadas eran transformados en guerreros llenos del Espíritu, firmes en la fe y sin vergüenza de su pasado. Dios estaba haciendo en otros lo que hizo en mí—y era innegable.

Y en medio de todo eso, nació Breaking Free.

No porque tuviera una visión. No porque quisiera fundar un ministerio.

Sino porque Dios plantó algo eterno en las cenizas de mi pasado.

Lo que comenzó como la liberación de un hombre se convirtió en un movimiento de misericordia. Breaking Free Ministries no fue el resultado de una reunión directiva, un voto eclesiástico ni una estrategia de mercadeo ministerial. Nació de la rendición, alimentado por gratitud, y llevado adelante por el poder del Espíritu Santo.

No nació en una sala de juntas. Nació en un corazón roto hecho nuevo.

No fue fruto de la ambición. Fue fruto de la rendición.

Lo que comenzó como una chispa se convirtió en una llama. Esa llama se convirtió en un incendio.

Y lo que Dios comenzó esa noche de 1988... aún lo está haciendo hoy—una vida a la vez.

Capítulo 2: El Rancho de los Muchachos – Pastoreando a los Huérfanos (1992)

Después de tres años transformadores de evangelismo callejero—marcados por noches largas, testimonios crudos y cientos de adolescentes rindiendo sus vidas a Cristo—empecé a sentir un cambio. Dios estaba redirigiendo mi camino. No sabía exactamente hacia dónde me llevaba, pero sí sabía que mi temporada en las esquinas de las calles estaba llegando a su fin. Ese empujón divino me llevó a

un rancho para muchachos en Davisboro, Georgia—un lugar que transformaría radicalmente la forma en que veía el ministerio, el liderazgo y el mismo corazón de Dios.

Esto no fue un movimiento profesional ni un escalón. Fue un llamado.

El rancho albergaba a docenas de adolescentes profundamente heridos—la mayoría bajo custodia del estado después de ser arrancados de hogares marcados por el abuso, el abandono y la negligencia. No eran solo chicos problemáticos. Estaban traumatizados. Estaban enojados, volátiles, insensibles al afecto—endurecidos no por elección, sino por supervivencia. Muchos habían sido defraudados por cada adulto en quien alguna vez confiaron. Y en ellos, me vi a mí mismo. Recordé cómo era estar perdido, adicto, enojado y ahogado en dolor sin un lugar a dónde acudir.

Llegué al rancho como consejero, pensando que estaba allí para ayudarlos a sanar. Pero rápidamente descubrí que yo también necesitaba sanidad. Aún estaba aprendiendo a vivir en libertad. Todavía caminaba en mi propia transformación. Y en la tensión de sus estallidos, su silencio, su desconfianza y su desesperada necesidad de amor, Dios volvió a encontrarse conmigo—de formas más profundas y personales.

Mientras yo vertía en sus vidas, Dios vertía en la mía.

“Si te das a los hambrientos y sacias los deseos del afligido, entonces tu luz brillará en las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía.” — Isaías 58:10

Su quebranto reflejaba el mío, y en algún lugar de ese dolor compartido, el amor divino me capturó de una nueva manera y comencé a crecer. Fui allí para enseñar, pero me convertí en el estudiante. Aprendí que la sanidad no llega solo a través de sermones—llega al presentarse, día tras día, en el desorden, en la lucha, en el silencio. Llega con presencia. Estos muchachos no necesitaban otra figura de autoridad que gritara reglas. Necesitaban un padre espiritual—alguien que se quedara. Alguien que los amara como Jesús me había amado a mí.

Esa temporada cambió para siempre mi visión del liderazgo. Me di cuenta de que el ministerio no se trata de estar por encima de otros—se trata de estar al lado de ellos. El verdadero liderazgo no se basa en la posición—se basa en la presencia. Se trata de lavar pies, no de hacer demandas espirituales. Se trata de luchar por aquellos que han dejado de luchar por sí mismos.

Dios comenzó a confiarme más. Pasé de ser un consejero de primera línea a administrador de todo el rancho. De repente, estaba supervisando el cuidado y la rehabilitación de 65 muchachos de alto riesgo. Coordinaba con jueces, trabajadores sociales y oficiales de libertad condicional en todo el estado de Georgia, y lideraba un equipo de 32 miembros del personal. El trabajo era incansable. Las necesidades, abrumadoras. Pero era sagrado. Cada momento, cada lágrima, cada avance—todo era santo para el Señor. No solo estaba dirigiendo una instalación. Estaba siendo formado—en terreno sagrado.

Cada día traía nuevas batallas: peleas, traumas, duelo, destellos de esperanza. Pero en el caos, Dios me estaba moldeando—no solo en un líder siervo, sino en un pastor. Un pastor de los huérfanos y los heridos.

Fue en esa temporada que comencé a comprender verdaderamente el ministerio de Jesús. Él me enseñaba a liderar con compasión, no con control. Con presencia, no con poder. A dejar el megáfono y tomar la toalla. A lavar los pies de los quebrantados. A ver a los olvidados con los ojos del Padre. Aprendí a interceder por los chicos que no tenían voz. A creer por los que no tenían esperanza. A amar a los que nunca habían sido amados.

Jamás olvidaré sus rostros—su ira, su dolor, su risa y sus momentos de transformación. Los llevo conmigo hasta el día de hoy. Porque en esos largos días y noches sin dormir, Dios estaba plantando semillas—semillas de redención en sus corazones y en el mío. Y esas semillas aún están floreciendo.

Ese capítulo de mi vida grabó una verdad en mi alma: Dios nunca desperdicia el dolor. Lo redime.

Y cuando decimos sí a Su llamado, Él no nos guía hacia la comodidad—nos guía hacia el propósito. Hacia la batalla. Hacia el amor. No para impresionar a otros, sino para llevar Su corazón a los heridos, los olvidados y los huérfanos.

“Padre de los huérfanos y defensor de las viudas es Dios en su santa morada. Dios ubica a los solitarios en familias...” — Salmo 68:5–6

Capítulo 3: Plantación de Iglesias – Una Iglesia Sin Muros (1993)

Aun llevando sobre mis hombros el peso del liderazgo en el rancho de los muchachos, Dios comenzó a agitar algo nuevo en mi espíritu: otro paso inesperado de obediencia. Me estaba llamando a plantar una iglesia callejera, no en un suburbio pulido ni en algún santuario típico del “Cinturón Bíblico,” sino en

el corazón del distrito de bares de una ciudad universitaria cercana. Era un lugar que la mayoría de las iglesias evitaban—un centro de fiestas nocturnas, quebranto, adicción y abierta rebeldía. Para muchos, parecía un lugar de compromiso moral. Pero para Dios, era un campo listo para la redención. No tenía sentido desde una perspectiva humana. Pero la obediencia rara vez lo tiene.

La llamamos Iglesia Comunitaria Gozo Duradero—una declaración profética sobre un vecindario ahogado en placeres temporales. Esta gente no necesitaba más religión. Necesitaban gozo. Gozo duradero. De ese que solo viene de Jesús—el único que puede llenar lo que el mundo jamás podrá satisfacer.

Nuestras reuniones se realizaban en un teatro viejo—antes hogar de actuaciones, disfraces y luces tenues. Ahora, ese mismo escenario se convertía en un altar de gracia. Allí se proclamaba la verdad. Cadenas se rompían. Vidas eran transformadas. Pero tan sagrado como se volvió ese espacio, pronto nos dimos cuenta de que nuestro verdadero santuario no estaba dentro de las paredes. Estaba allá afuera—en las aceras, detrás de las rejas, en los callejones y bajo las luces parpadeantes donde corazones rotos buscaban algo real. Nuestra iglesia no tenía campanario. Tenía cicatrices.

Cada domingo por la mañana, llegaba temprano con una escoba en mano, barriendo botellas de cerveza, vidrios rotos y los restos de la noche anterior. Era desordenado, duro y muy lejos de ser glamoroso—pero era terreno santo. Cada botella que barría me recordaba por qué estábamos allí. Cada pedazo roto de vidrio era símbolo de una vida destrozada aún al alcance de la gracia de Dios. Este era el campo misionero que Dios nos había dado—no solo para predicar, sino para amar, caminar junto a ellos y nunca rendirse.

Para nuestra sorpresa, el hospital psiquiátrico estatal cercano empezó a traer residentes a nuestros servicios. ¿Por qué? Porque se sentían seguros. Se sentían vistos. En un mundo que los etiquetaba como inestables o indignos, encontraron calor, bienvenida y la innegable presencia de Dios entre nosotros. No éramos pulidos. No éramos impresionantes. Pero éramos reales. Y Jesús estaba allí.

Una historia que nunca olvidaré es la de Ms. Ruby, la mujer con síndrome de Down más anciana del sureste de los Estados Unidos en ese tiempo. Tenía 84 años, y rápidamente se convirtió en una de nuestras asistentes más fieles en *Lasting Joy*. Ms. Ruby tenía un pequeño enamoramiento conmigo porque siempre me aseguraba de mostrarle cariño y atención. Era algo inocente, puro y precioso. Cada domingo, ella tomaba una silla y la arrastraba hasta colocarla

justo al lado mío mientras predicaba—sonriendo, asintiendo con la cabeza, simplemente feliz de estar cerca.

Lo que hizo esto aún más especial para mí fue que tenía un hermanito llamado Jeffery, nacido con necesidades especiales, a quien yo adoraba profundamente. La ternura de Jeffery, su confianza, y la pureza de su corazón me enseñaron más sobre el amor de Dios que cualquier sermón que haya escuchado. Mucho antes de que entrara en el ministerio a tiempo completo, Jeffery me mostró la belleza de la fe como la de un niño, el amor incondicional y el valor sagrado de cada alma—especialmente de aquellos que el mundo suele ignorar.

Así que cuando veía la sonrisa de Ms. Ruby o sentía su mano sobre mi brazo, me recordaba a Jeffery. Me recordaba por qué hago lo que hago.

Pero la verdad es que, aunque Ms. Ruby y otros como ella encontraron una familia entre nosotros, no todos podían manejar lo que Dios estaba haciendo. Más de una vez, personas respetables de la comunidad—curiosas por lo que habían escuchado sobre *Lasting Joy*—vinieron a visitarnos. Pero cuando vieron que nuestra congregación estaba llena de residentes del hospital psiquiátrico, personas sin hogar, adictos y aquellos que la sociedad llama “dañados,” no pudieron comprenderlo. No se quedaron.

Y en esos momentos, Dios estaba formando algo en mí. Estaba moldeando el núcleo de mi filosofía de ministerio—no solo para esa temporada, sino para el resto de mi vida.

Escogí a Ms. Ruby por encima de algunos muy buenos colaboradores de la iglesia.

Y volvería a tomar la misma decisión.

Porque el Evangelio no se trata de agradar a los respetables.

Se trata de hacer espacio en la mesa para los rechazados.

Se trata de ver a los invisibles, amar a los que parecen imposibles de amar, y honrar a los olvidados. Ahí es donde está Jesús.

No estábamos tratando de construir una congregación; estábamos construyendo una familia. Durante cinco años inolvidables, tuve el privilegio de pastorear a los curiosos, los quebrantados, los escépticos y los espiritualmente hambrientos. Predicábamos fuera de los bares. Orábamos en las aceras y en los bordes de la calle. Bautizábamos a nuevos creyentes que antes se burlaban de la idea de Dios.

No teníamos bancas ni vitrales—teníamos pavimento, pasión, un edificio viejo y el poder del Espíritu Santo. Y una y otra vez, Él se manifestaba.

Fue en ese espacio crudo y sagrado donde la visión de Breaking Free comenzó a cristalizarse. Lo que había comenzado años antes en las esquinas de las calles y en los callejones, ahora estaba madurando en un movimiento guiado por el Espíritu—uno que se rehusaba a ignorar a los “inalcanzables.” Uno que creía que nadie estaba demasiado perdido. Uno que vivía el Evangelio más allá de edificios, más allá de programas y más allá de las zonas de comodidad.

Breaking Free se convirtió en una iglesia sin muros—ministrando a los encarcelados, los adictos, los enfermos mentales, los sin techo y a cualquiera que el mundo hubiera descartado. Nunca se trató de construir una organización. Siempre se trató de construir el Reino. Y aún lo es.

Y a través de todo—cada alma alcanzada, cada vida transformada, cada milagro visto—toda la gloria pertenece a Dios.

“Entonces el señor dijo a su siervo: ‘Sal por los caminos y los cercados, y obrígales a entrar, para que se llene mi casa.’”

— Lucas 14:23

Capítulo 4: Planos Divinos – Estructurando Lo Que Dios Dio a Luz (2002)

Con el innegable favor de Dios, un nuevo capítulo comenzó a desarrollarse—uno marcado por estructura, legitimidad y un mayor alcance. Durante un tiempo, intenté encajar en el molde de un pastor tradicional. Llevaba el título, predicaba los sermones y pastoreaba el rebaño lo mejor que podía. Pero, en lo profundo, me sentía como una pieza cuadrada tratando de encajar en un agujero redondo. No fui llamado simplemente a mantener un púlpito—fui llamado a moverme libremente, a ir donde el quebranto clamara por esperanza, y a responder en el momento cuando el Espíritu dijera: “Ve.”

Me encontraba más afuera de las cuatro paredes que dentro de ellas—en las calles, en módulos de cárcel, centros de rehabilitación y casas de transición. Ya no estaba persiguiendo títulos; estaba persiguiendo personas que necesitaban a Jesús. Y fue en esos lugares crudos y sin pulir donde Breaking Free Ministries echó raíces—no como un plan, sino como un llamado vivido en tiempo real.

Después de años de ministerio a nivel de base y obediencia incansable, Breaking Free Ministries fue reconocida oficialmente por el gobierno de los Estados

Unidos como una organización sin fines de lucro 501(c)(3). Pero esto no fue solo un trámite—fue una afirmación divina de lo que Dios había dado a luz a través de vidas rendidas y fe inquebrantable.

El proceso no fue fácil. De hecho, tomó más de un año recibir la aprobación. ¿Por qué? Porque el gobierno no podía comprender la idea de una iglesia sin muros. Insistían en definiciones tradicionales—tratando de encajar lo que Dios estaba haciendo dentro de sus cajas institucionales. Finalmente, di un giro a la conversación. Pregunté: “¿Cuál es su definición de iglesia?” Su respuesta fue vaga, incierta. Entonces respondí: “Déjeme darle la mía.” Les cité la Gran Comisión—Mateo 28:19–20: *“Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones...”* Eso, les dije, es la Iglesia. Esa es nuestra misión. Ese es nuestro modelo. Después de una pausa, el funcionario dijo: “No podemos argumentar con eso.” Y con eso, nos otorgaron el estatus de iglesia sin fines de lucro.

Por Su gracia, también fueron aprobados completamente nuestro proceso de ordenación de cinco años y los programas de certificación en consejería para adicciones. Pero estos no fueron programas nacidos en una oficina estéril—fueron forjados en el fuego del ministerio real. Fueron moldeados en módulos de cárcel, en esquinas de calles, en hogares de recuperación y en las trincheras de la humanidad quebrantada. No fueron ejercicios académicos—fueron herramientas de transformación, construidas sobre una verdad fundamental: personas transformadas se convierten en personas que transforman.

Ahora teníamos más que un nombre—teníamos una estructura. Teníamos herramientas para multiplicar—no solo en número, sino en profundidad espiritual, responsabilidad del Reino e impacto eterno. Lo que comenzó con un joven quebrantado llevando a Jesús a los heridos se ha convertido en un movimiento que toca naciones, generaciones y vidas más allá de lo que jamás imaginé.

Pero déjame ser claro—esto nunca se trató de construir una institución. Se trataba de avanzar un Reino que no puede ser encerrado por muros, vitrales o etiquetas denominacionales. Se trataba de ser la Iglesia donde el dolor aún persiste, donde las cadenas aún atan y donde la esperanza aún parece lejana.

Ministerios estaban siendo plantados. Líderes siervos estaban siendo formados y enviados. Familias estaban siendo restauradas. Adictos estaban siendo liberados. Y lo más importante, el Evangelio de Jesucristo estaba alcanzando más allá de lo que jamás me atreví a soñar.

Ya no era mi historia—era la de Dios. Y Él la estaba escribiendo con tinta de misericordia y gracia, en páginas que solo Él podía pasar.

“Reconstruirán las ruinas antiguas, levantarán los cimientos de antaño; serás llamado Reparador de muros derruidos, Restaurador de calles transitables.”
—Isaías 58:12

Capítulo 5: Equipado por la Gracia – Educación, Certificación y Llamado (2002)

A medida que *Breaking Free* continuaba creciendo y más vidas eran transformadas por el poder del Evangelio, seguía totalmente comprometido con mi rol en el rancho para jóvenes. No era solo un trabajo—era un encargo sagrado. Pero para permanecer en mi puesto como administrador, las Regulaciones de Licenciamiento del Cuidado Infantil Juvenil del estado de Georgia requerían que obtuviera un título avanzado en un campo clínico.

Al principio, se sintió como un obstáculo legal—o tal vez hasta un ataque espiritual. Pero en realidad, era una preparación divina. Dios me estaba empujando hacia una temporada de equipamiento más profundo. Yo tenía el fuego, pero me faltaba la disciplina que la formación formal demandaría.

Solía decirles a otros—especialmente a los que tenían títulos de seminario—“Todo lo que necesitas es el Espíritu Santo.” Y aunque eso es absolutamente cierto, con el tiempo entendí que mi resistencia a la educación estaba enraizada en el miedo. Miedo al fracaso. Miedo a ser expuesto. Miedo de que mi pasado me descalificara del aula, y ni hablar del púlpito. No era una convicción espiritual—era orgullo disfrazado de inseguridad. Estaba ciego a cuánto aún necesitaba crecer.

Pero Dios, en Su misericordia, estaba a punto de educarme—no solo a través de libros de texto, sino por medio de la transformación.

Entrar en la educación superior se sentía como caminar en aguas profundas y desconocidas. Estaba nervioso. El único título académico que tenía era un GED que obtuve mientras estaba en prisión. Aparte de eso, la única educación que había completado eran unas diez clases universitarias que se me exigieron para poder ordenarme al ministerio. Había llegado hasta el duodécimo grado antes de abandonar la escuela y lanzarme de lleno a una vida de crimen. Ahora, años después, la idea de asistir a la universidad a tiempo completo despertaba todas mis inseguridades—aunque nunca lo habría admitido en ese entonces. ¿Podía un

ex adicto y ex convicto realmente completar una carrera universitaria? ¿Podría mantener el ritmo?

Aun así, me aferré a una verdad: si Dios me estaba llamando a esto, Él me sostendría a través de ello.

Así que comencé—una clase a la vez. Empecé con lo básico y me apoyé completamente en la gracia de Dios. Lo que asumí sería un requisito temporal se convirtió en un viaje de nueve años de transformación, disciplina y crecimiento espiritual. Obtuve una licenciatura en Teología. Y cuatro años después—por la gracia de Dios—completé un doctorado en Psicología Cristiana en 2002.

Pero Dios no había terminado.

Debido a la profunda carga que Él había puesto en mi corazón por los adictos y quebrantados, busqué y obtuve múltiples certificaciones acreditadas en recuperación de adicciones, consejería y atención informada por el trauma. Estas no eran trofeos para la pared—eran herramientas. Herramientas para servir mejor. Herramientas para luchar con más sabiduría. Herramientas para alcanzar más profundo. Estaba siendo equipado para batallas que aún no podía ver.

De hecho, cuando la gente me llama “Doctor” o “Reverendo”, siempre respondo: “Solo llámame Scott.” Es mi forma de mantenerme con los pies en la tierra. Los títulos no me definen—Jesús sí. Como nos recuerda 2 Corintios 4:8–9, no es el título, la posición ni el grado lo que nos da valor—es la gracia de Dios y Aquel que nos capacita para Su servicio.

Durante esos años, me encontré sentado frente a jueces, trabajadores sociales, oficiales de libertad condicional y profesionales médicos—personas que habían visto los efectos más oscuros de la adicción de primera mano. Pero también fueron testigos de algo diferente a través de *Breaking Free*: transformación real y duradera. Estas no eran discusiones teológicas—eran personas reales viendo un cambio real. Corazones endurecidos se ablandaban. Ciclos se rompían. Familias se restauraban. Vidas eran redimidas.

Perdí la cuenta de cuántos profesionales renovaron su fe—o vinieron a la fe por primera vez—durante lo que comenzaba como reuniones de oficina pero terminaba como encuentros divinos. Recuerdo un momento en los años 90, de pie frente a miles de agentes del orden, sintiéndome completamente fuera de lugar. Era un hombre de poco más de treinta años con antecedentes penales—pero también con un corazón redimido—compartiendo el Evangelio con el mismo sistema que una vez me procesó. Solo Dios pudo orquestar eso.

A través de todo esto, el Señor siguió enseñándome—no solo a través de profesores, sino a través del Espíritu Santo, el Consejero Maravilloso. Me abrió los ojos a las raíces emocionales y espirituales de la adicción, el trauma y la rebeldía. Aprendí que los ciclos de esclavitud a menudo son alimentados por heridas no sanadas—y solo Jesús puede traer la sanidad que los rompe.

Los títulos nunca fueron el destino. Comenzaron como un requisito—pero se convirtieron en parte del plan de preparación de Dios. No estaba simplemente obteniendo credenciales—estaba siendo formado como un vaso útil para servir. La educación más valiosa que he recibido no vino de los libros, sino de caminar cada día con Aquel que me llamó.

Esto es lo que ahora sé: la educación puede informar, pero solo Jesús transforma. La información llena la mente—pero la transformación cambia la vida. Y toda la gloria pertenece a Dios, quien toma lo quebrantado, sopla sobre ello, y lo convierte en un vaso para Su Reino.

**“No es que seamos competentes en nosotros mismos para pensar que algo proviene de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios. Él nos hizo competentes como ministros de un nuevo pacto...”
—2 Corintios 3:5–6**

Capítulo 6: Pausa y Chequeo de Realidad – Morir Cada Día, Resucitar de Nuevo

Caminar con Dios no es una línea recta de victorias. No es un resumen sanado de lo mejor. Es un viaje probado en batalla, empapado en gracia, lleno de misericordia—de caer, levantarse, arrepentirse y seguir adelante.

Si hay algo que he aprendido en más de tres décadas sirviendo a Jesús, es esto: no se trata de perfección. Se trata de persistencia.

He fallado—más veces de las que puedo contar. He tomado decisiones que tuve que deshacer. He cargado con cargas que nunca debí llevar. He corrido delante de Dios, me he rezagado tras Él, y he luchado con Él más de una vez. Pero por la gracia de Dios, nunca me he rendido.

Hubo temporadas cuando la guerra—tanto interna como externa—era casi insoportable. Días en los que no me sentía espiritual. Noches en las que me quedaba despierto preguntándome: "¿Todavía soy la persona correcta para esta asignación?" Y noches aún más oscuras cuando clamaba: "¿Dónde estás, Dios?"

Cuando vienes del abismo, el enemigo nunca deja de susurrar: “Eres un fracaso. Vas a terminar justo allí de nuevo.” Incluso en el liderazgo, he tenido que enfrentar el residuo persistente de mi pasado—y las mentiras que vinieron con él.

Seamos honestos—este llamado no viene con aplausos. Das tu corazón, y la gente aún se aleja. Inviertes años en alguien, y recaen. Sacrificas sueño, tiempo, dinero y cordura para construir algo para Dios—solo para ser malinterpretado, traicionado o criticado.

Pero Jesús nunca dijo que sería fácil. Dijo que sería estrecho. Dijo que tendríamos que tomar nuestra cruz cada día. Dijo que tendríamos que morir—a nuestro ego, a nuestro orgullo, a la conveniencia y al control.

Solía pensar que el ministerio significaba estar firme todo el tiempo. Pero he aprendido: significa caer hacia adelante—apoyándose en la gracia, dependiendo del Espíritu, y recordando que mi fortaleza no es la fuente—Él lo es.

Cada vez que tropecé, Dios me encontró. Cada vez que fallé, Él me recordó: Su misericordia es nueva. Y cada vez que me levanté, me di cuenta—Él nunca se había ido.

A menudo les digo a las personas: “Si no te rindes, Dios tendrá Su camino.” Eso no es solo una cita—es mi historia de vida. Hubo momentos en los que casi me rendí. Tiempos en los que le rogué a Dios, “Por favor, escoge a otro.” Pero Él no lo hizo. Y cuando me quedé—cuando me entregué en mi quebranto—Él me volvió a formar.

La gente me pregunta todo el tiempo, especialmente en medio de sus propias batallas: “¿Cómo puedo obtener lo que tienes? ¿Cómo lo lograste?” Están luchando contra demonios—desesperados por una salida. Y yo les digo esto:

No te rindas. Quédate en la pelea. Sigue volviendo a Jesús. No lo consigues con perfección—lo recibes por gracia. Si caes, cae hacia adelante. Si estás quebrado, dale las piezas. Dios no está buscando a los calificados—está buscando a los entregados. Si te quedas con Él, Él terminará lo que empezó.

“...estando persuadidos de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”

—Filipenses 1:6

Ese es el camino estrecho. No se trata solo de hacer grandes cosas para Dios—se trata de llegar a ser más como Cristo en el camino.

Este camino me ha costado:

- **Comodidad**
- **La aprobación de los demás**
- **Malentendidos de personas a las que amaba**
- **Amistades**
- **Mis propias ideas del éxito**

Pero me dio a Jesús. Y eso es más que suficiente.

A cualquiera que lea esto y sienta que ya ha fallado demasiado—no lo has hecho. Si todavía respiras, no estás descalificado. Este camino puede ser estrecho, pero está pavimentado en gracia.

Así que si caes—cae hacia adelante. Levántate otra vez. Sigue caminando. No te rindas. A Dios sea la gloria.

"Hermanos, no considero haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: Olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús."

—Filipenses 3:13–14

Capítulo 7: Primer Centro de Recuperación Breaking Free – “Esperanza Sin Muros” (2004)

Con una fe audaz e intransigente, abrimos el primer hogar residencial de recuperación Breaking Free en las tranquilas y rurales colinas de Georgia. No era ostentoso ni lujoso—pero era terreno santo. Este lugar fue construido para hombres jóvenes de 17 a 25 años, aquellos desesperados por liberarse del control de la adicción, el caos y la desesperanza. Estos no eran solo clientes—eran hijos, hermanos, príncipes y futuros líderes. Y no solo necesitaban sobriedad—necesitaban el poder salvador, restaurador y resucitador de Jesucristo.

Desde el principio, tomamos una decisión que aún define nuestro ADN hasta el día de hoy:

Nunca cobraríamos ni un solo centavo por el ministerio.

Jesús nunca facturó a los afligidos por sanación. Nunca cobró a los quebrantados por liberación. Si esto era realmente Su obra, Él sería nuestro Proveedor. Punto. Y una y otra vez—atravesando cada tormenta, cada retroceso y cada despensa vacía—Él se mostró fiel. Movié montañas, despertó corazones y abrió las ventanas del cielo para proveer lo que Él comenzó.

Esa primera casa se convirtió en terreno sagrado. No solo era refugio—era un santuario. Era un lugar seguro. Era donde los corazones endurecidos se ablandaban con la adoración, y los pisos manchados de lágrimas eran testigos de incontables momentos de rendición. Allí, en medio de la guerra espiritual, los jóvenes encontraron al Cristo viviente—algunos por primera vez. Descubrieron que la esperanza no era solo una palabra, y la redención no era una fantasía. Era real. Era de ellos. Y estaba pagada por completo.

A medida que Dios bendecía la obra, lo que comenzó como una sola casa modesta floreció en una comunidad vibrante, llena del Espíritu—un ecosistema del Reino de gracia, coraje y crecimiento. No fue construida por contratistas—fue construida por las mismas manos de los hombres que estaban siendo sanados, tabla por tabla, clavo por clavo. Y cada golpe de martillo era parte de su sanación.

Juntos construimos:

- **Un dormitorio completo para albergar hasta 16 residentes**
- **Viviendas para el personal en el lugar, para liderazgo y discipulado las 24 horas del día**
- **Un taller de carpintería y vocación de 5,000 pies cuadrados—donde los hombres no solo aprendieron a construir con sus manos, sino a reconstruir sus vidas**
- **Un centro de adoración de 4,000 pies cuadrados, donde la oración, la alabanza y la predicación ascendían como incienso, todos los días**
- **Una cocina comercial completamente equipada y un comedor, donde la comunidad y la comunión se unían**
- **Vivienda dedicada para 20 jóvenes en formación de liderazgo servidor—hombres llamados no solo a recuperarse, sino a convertirse en**

restauradores

Y un próspero negocio de vivero y invernadero, donde se cultivaban más de un millón de plantas y flores cada año—un aula viviente donde los jóvenes aprendieron la conexión entre el trabajo arduo y la transformación del corazón.

Este vivero no se trataba solo de ingresos—se trataba de identidad. Cada semilla plantada se convertía en un símbolo de nuevos comienzos. Cada flor vendida ayudaba a mantener las luces encendidas, la comida en la mesa, y las puertas abiertas para la siguiente alma rota que aún no había llegado. Les recordábamos a los jóvenes a diario: “No solo estás trabajando—estás sembrando en la redención de otro.”

También les enseñamos responsabilidad personal: “Tus padres o familia no tomaron las decisiones que te trajeron hasta aquí. Tampoco deberían tener que pagarlas. Cuando trabajas en este vivero y la comunidad compra estas flores, no solo estás pagando las cuentas—estás pavimentando el camino para el próximo que aún no ha llegado.”

Y algo hermoso comenzó a suceder—empezaron a creerlo. Comenzaron a tomar posesión, no solo de su recuperación, sino del ministerio mismo. El orgullo—no el tipo que hincha, sino el que proviene del propósito—comenzó a reemplazar la vergüenza. Empezaron a caminar más erguidos, a hablar diferente, y a verse a sí mismos no como una carga para la sociedad, sino como contribuyentes al Reino.

Con el tiempo, muchos de estos mismos jóvenes asumieron roles de liderazgo servidor—mentoreando a los recién llegados, dirigiendo devocionales, compartiendo sus testimonios e incluso quedándose después de graduarse para servir a tiempo completo. Pasaron del abismo al púlpito, de adictos a defensores, de quebrantados a edificadores de otros.

Este modelo—dado libremente, sostenido libremente—se convirtió en algo más que un método. Se convirtió en nuestro mensaje. Sin tarifas. Sin manipulaciones. Sin culpas. Solo Jesús, apareciendo a través de trabajo real, gracia real y transformación real.

Pero no nos detuvimos allí. La adicción había roto familias—por lo que sabíamos que la sanación debía alcanzar más allá del individuo. Construimos un lodge de 12 habitaciones en el lugar, donde las familias podían venir durante los fines de semana, participar en clases de recuperación familiar, adorar juntas y unirse al

viaje. No solo recibimos a las familias—las integramos. Se convirtieron en parte de la familia Breaking Free.

A través de oración, consejería bíblica, perdón y esperanza revivida, comenzaron a romperse las maldiciones generacionales. Los lazos rotos fueron restaurados. Nuevos legados nacieron.

Esto no era un centro de rehabilitación. Era un centro de resurrección.

No estábamos dirigiendo un programa. Estábamos construyendo un movimiento—una alma a la vez.

Y cada clavo impulsado, cada comida servida, cada cama ofrecida, y cada alma salvada fue posible por Su gracia—recibida libremente y dada libremente.

“Ellos reedificarán las ruinas antiguas y restaurarán los lugares devastados; renovarán las ciudades arruinadas, que han sido devastadas durante generaciones.”

—Isaías 61:4

Capítulo 8: Los Muros No Pueden Detener la Gracia – Discipulando a los Encarcelados (2007)

A solo una milla del campus de jóvenes donde servíamos, se encontraba una prisión estatal—un recordatorio constante de dónde habían estado muchos de nuestros muchachos, o fácilmente podrían haber terminado. Esa instalación se alzaba como una sombra. Pero Dios no vio una barrera. Él vio una puerta abierta.

Mientras derramábamos nuestras vidas en los jóvenes del campus, los oficiales penitenciarios comenzaron a notarlo. Disminuían la velocidad al pasar—algunos incluso se detenían a mirar. Veían vidas siendo restauradas—no a través del castigo, sino del propósito. No a través del control, sino de Cristo.

Eventualmente, llegó la pregunta que lo cambió todo:

“¿Pueden hacer esto también dentro de la prisión?”

Pero incluso antes de la invitación oficial, algo poderoso ya había comenzado: los oficiales penitenciarios empezaron a visitar nuestro campus para hablar directamente con los jóvenes. Traían consigo la cruda y real realidad de la vida en prisión—no para asustar, sino para despertar. Describían la desesperanza, la violencia, la pérdida de identidad y del tiempo. No era una charla—era una

misericordia despertando. Una advertencia. Un llamado a despertar. Y en la providencia de Dios, ayudó a mover muchos corazones jóvenes hacia un cambio real y duradero.

Sus voces cargaban frustración y desesperación. Habían presenciado la puerta giratoria de la encarcelación—hombres entrando y saliendo sin transformación verdadera. Estaban cansados de sistemas que solo manejaban el comportamiento, pero nunca sanaban el corazón.

Lo que vieron en Breaking Free no era una teoría—era el Evangelio viviente. Era poder real. Era un cambio duradero.

Con la ayuda de un capellán penitenciario temeroso de Dios, el Señor abrió la puerta. Pero no sin desafíos. Me reuní con el director del penal y presenté dos condiciones innegociables:

- 1. Nunca cobraríamos ni un centavo.**
- 2. Los guardias no podían estar presentes en nuestras clases, para que los hombres pudieran hablar libremente sin temor a juicio o represalias.**

Al principio, el director negó la solicitud. Los internos, explicó, eran de alto riesgo. Era demasiado peligroso. Pero después de conversaciones persistentes, cubiertas de oración, accedió—con una condición: debíamos firmar una renuncia liberando al estado de toda responsabilidad.

La firmamos.

¿Por qué? Porque sabíamos Quién nos había llamado. Y confiábamos en que Aquel que abrió la puerta protegería lo que Él mismo había ordenado.

Tampoco buscaríamos fondos del gobierno—por la misma razón que nunca cobramos. Si lo hiciéramos, podríamos ser presionados a diluir el Evangelio, a comprometer la verdad para cumplir con regulaciones.

Jesús nunca cobró por sanar al herido—y nosotros tampoco lo haríamos.

Predicamos a Cristo—crucificado por el pecado, resucitado de la tumba, y pronto a regresar. Y nunca miramos atrás.

Irónicamente, en ese mismo tiempo, el estado había recortado muchos de sus propios programas de recuperación. Pero Dios, en Su soberanía, usó lo que una

vez se sintió como un desvío—mi doctorado, obtenido después de un GED en prisión—para cumplir con los requisitos de acreditación del estado. Así es Dios—transformando vergüenza pasada en estrategia santa.

Y así, entramos a la prisión—cinco días a la semana, cinco horas al día.

Lo que comenzó como una invitación simple se convirtió en un movimiento divino.

Los hombres encontraron esperanza. Lloraron. Se arrepintieron. Adoraron. Cayeron cadenas—no de sus cuerpos, sino de sus corazones.

En solo unos años, comenzamos a formar líderes siervos dentro de los muros. Hombres transformados radicalmente por Jesús comenzaron a discipular a otros en sus bloques. Lideraban estudios bíblicos. Acompañaban a los quebrantados. Llevaban luz a los rincones más oscuros del centro penitenciario. Bloques enteros fueron transformados en comunidades de gracia—porque los internos se convirtieron en ministros del Evangelio.

Pero no te equivoques—no siempre fue fácil. Ocurrieron muchas situaciones salvajes e incluso peligrosas en esas aulas dentro de la prisión. Algunos hombres se aferraban con fuerza a su ira y amargura. Podías sentir la tensión algunos días. Pero yo siempre sabía—no estábamos solos. Había hombres en esas clases que nos respaldaban. Hombres transformados por Cristo que no permitirían que nada interrumpiera lo que Dios estaba haciendo.

Más de una vez, los mismos internos intervinieron para calmar situaciones cuando otros intentaban causar caos. Se interpusieron entre el conflicto y la paz. Se pusieron de pie por la justicia. Estos no eran solo participantes—eran defensores del Evangelio. Ahí fue cuando supe: esto no era solo ministerio—era hermandad. Un movimiento había nacido, forjado en el fuego, y protegido por los mismos hombres a quienes había venido a servir.

Breaking Free ya no era solo un refugio para los adictos. Se había convertido en un puente hacia los encarcelados. Un movimiento que declaraba fuerte y claro:

Ningún muro es demasiado grueso. Ningún pasado es demasiado roto. Ningún alma está demasiado perdida.

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí,
Porque me ungió Jehová;
Me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos,
A vendar a los quebrantados de corazón;

**A publicar libertad a los cautivos,
Y a los presos apertura de la cárcel.”
— Isaías 61:1**

Hemos aprendido una verdad poderosa: Jesús no espera del otro lado de la libertad—Él entra directo al patio de la prisión. Donde el hombre ve un convicto, Él ve un llamado. Donde el mundo se rinde, Cristo entra. Y sigue apareciendo—día tras día, celda tras celda, corazón tras corazón.

Toda la gloria sea para Aquel que libera a los cautivos.

Capítulo 9: Forjados en el Campo – Entrenando Líderes Siervos (2007)

Mientras la transformación se desarrollaba tanto dentro como fuera de los muros de la prisión cercana, algo igual de extraordinario estaba sucediendo en nuestro propio campus. Cada vez más de nuestros graduados no solo estaban encontrando libertad—estaban descubriendo su propósito y llamado.

Estos jóvenes, que antes estaban atados por la adicción, el caos y la desesperanza, ahora ardían con un profundo deseo de retribuir. Habían probado la bondad de Dios, y eso lo cambió todo. No querían simplemente seguir adelante—querían derramarse. Servir. Alcanzar a otros como ellos mismos habían sido alcanzados.

Se volvió innegable: Dios estaba levantando una nueva generación de líderes siervos—directamente del suelo de su propia recuperación.

En respuesta, lanzamos lo que se convertiría en una de las ramas más impactantes de nuestro ministerio: la Escuela de Entrenamiento en Liderazgo de Siervos (SLT, por sus siglas en inglés). Comenzó como un programa inmersivo de tres años que combinaba un discipulado bíblico profundo con ministerio práctico. No se trataba de producir profesionales pulidos. Se trataba de forjar hombres humildes, guiados por el Espíritu—hombres que caminaran con otros hacia una libertad duradera.

Ese mismo año, el Señor puso otra carga en mi corazón: estos hombres necesitaban ver más allá de su dolor, más allá de su pasado y más allá de sus fronteras. Muchos nunca habían salido de sus ciudades natales. Y, sin embargo, cuando se les preguntaba sobre misiones, su respuesta era inmediata y unánime: “Si Jesús lo dio todo por nosotros, ¿cómo no vamos a darlo todo por los demás?”

Así que los enviamos.

Lo que comenzó como una iniciativa de liderazgo local pronto se convirtió en un movimiento internacional. SLT se expandió primero a Texas, luego a Costa Rica, donde nuestros graduados ahora sirven en ministerio transcultural—llevando esperanza a los heridos, sanidad a los quebrantados y a Jesús a los olvidados. Con cada viaje y cada alcance, descubrían algo poderoso: el mismo Evangelio que los liberó era el mismo Evangelio que el mundo anhelaba.

A medida que SLT crecía, evolucionó en un programa de entrenamiento dinámico e interactivo—ofrecido tanto en persona como en línea en tiempo real.

Su misión permanece sin cambio: equipar a aquellos llamados a servir a los que sufren, a los adictos, a los encarcelados y a los pasados por alto.

El programa requiere un compromiso mínimo de un año, enfocado en permitir que Dios desarrolle verdadero propósito y liderazgo a través de un proceso estructurado y guiado por el Espíritu. No nos disculpamos por esto. El liderazgo de calidad no nace de la noche a la mañana. Toma tiempo. Toma fuego. Toma fidelidad.

El liderazgo sin carácter siempre colapsa. Por eso, en SLT, la formación del carácter lo es todo. Enfatizamos la profundidad espiritual por encima del rendimiento exterior, la humildad por encima del orgullo, y el fruto a largo plazo por encima del brillo momentáneo.

Adoptamos un enfoque basado en internado y mentoría. Nuestros líderes en formación caminan de cerca con mentores experimentados y llenos del Espíritu. Son desafiados. Son animados. Son afilados. No para convertirse en expertos—sino en siervos. Para liderar como Jesús.

Y como todo lo demás en Breaking Free, el programa SLT se ofrece completamente gratis. Nunca hemos vendido el Evangelio, y nunca lo haremos. Esta misión es santa. Este llamado es sagrado. Gratuitamente hemos recibido—gratuitamente damos.

Hasta el día de hoy, me asombro al ver a estos hombres—una vez quebrados por el pecado, ahora brillando con propósito. Muchos de ellos me han superado en dones, sabiduría e impacto. Y doy gracias a Dios por eso. Porque este es el camino del Reino: levantar hijos que se convierten en padres, discípulos que se convierten en discipuladores, hombres rotos que se convierten en constructores de otros.

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, encárgalo a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.”

— 2 Timoteo 2:2

Que nunca olvidemos: la cosecha aún es mucha. Los obreros aún son pocos. Y el campo sigue siendo el lugar donde los líderes son forjados.

Capítulo 10: Regreso con Esperanza- Lanzando la Recuperación en Texas (2010)

En 2010, comenzaron a llegar las llamadas—una tras otra. Padres desesperados. Pastores agotados. Viejos amigos de los que no había sabido en años. Diferentes voces, el mismo clamor: *“Necesitamos ayuda. La adicción está destruyendo a mi ser querido.”*

Pero esta vez, la devastación tenía un nuevo nombre: heroína. Lo que antes se susurraba en rincones llenos de vergüenza ahora aparecía en los titulares. Una epidemia total arrasaba Texas—especialmente en las mismas comunidades donde yo había crecido. Uno de los golpes más duros fue cerca de casa. En Plano Senior High School, una ola de sobredosis fatales entre adolescentes sacudió a la comunidad. Estudiantes estaban muriendo. Jóvenes se desvanecían en sus habitaciones, baños, y estacionamientos escolares. Funeral tras funeral. Vidas truncadas por un veneno que no respetaba juventud, brillo, ni potencial.

No era algo abstracto. No eran solo cifras. Eran hijos e hijas, amigos y vecinos—mi propia comunidad natal.

Y en lo profundo de mi espíritu, volvió a surgir un viejo llamado. No podía ignorarlo.

Era hora de volver a casa.

Después de años de ministerio en Georgia, alcance internacional, y de establecer el programa de Formación de Liderazgo Servicial (SLT), Dios me estaba llamando de regreso—al mismo suelo donde alguna vez sangró mi quebrantamiento. Pero esto no se trataba de nostalgia. No era un viaje por el camino de los recuerdos. Era una comisión. Una carga. Un regreso impulsado por el Evangelio.

Pero me negué a ir solo. Reuní un pequeño grupo de jóvenes—algunos todavía en el programa en Georgia, otros graduados y líderes del SLT. Eran residentes que habían caminado por el fuego y habían salido refinados. No eran solo

estudiantes—eran hermanos probados en batalla. Hombres que habían sido rescatados y redimidos, ahora ardiendo con la misma pasión de rescatar a otros.

Dejaron su comodidad. Dejaron a sus familias. Dejaron la comunidad que les devolvió la vida. ¿Por qué?

Porque la gracia que los salvó era demasiado poderosa para guardarla para sí mismos. La mayoría de los esfuerzos de recuperación comienzan con un edificio y luego buscan líderes.

Nosotros hicimos lo contrario. Lanzamos el campus de Texas sin nada más que un equipo de hombres con corazón de siervos, hombres del programa en Georgia rebosando de humildad, experiencia y fuego santo. Nos habíamos vuelto “sobrecargados de líderes SLT” en el mejor sentido—ricos en carácter, profundos en convicción. Y eso se convirtió en nuestro cimiento.

Entonces Dios hizo lo que solo Dios puede hacer. Nos dieron una granja para usar.

No solo un lugar donde quedarnos, sino un lugar para crecer—espiritual y prácticamente. Esa granja se convirtió en nuestra primera base de operaciones en Texas. No solo vivíamos allí—cultivábamos la tierra, sembrábamos la Palabra y veíamos cómo la sanidad echaba raíces tanto en los corazones como en las cosechas.

De día, trabajábamos con nuestras manos. De noche, orábamos bajo las estrellas.

Y de alguna manera, la misma tierra bajo nuestros pies se volvió sagrada—un lugar donde las cosas muertas volvían a la vida.

No hubo mercadeo llamativo. No hubo estrategia inteligente. Al igual que en nuestras misiones anteriores, solo una granja, unos cuantos hombres fieles, y mucha fe.

Comenzamos a recibir jóvenes atrapados por la heroína, la metanfetamina y toda droga imaginable. Orábamos con ellos. Los disciplinábamos. Trabajábamos a su lado. Llorábamos junto a ellos. Y poco a poco, la esperanza echó raíces.

El lanzamiento de Breaking Free Texas no fue solo una expansión del programa—fue una misión de rescate. Una respuesta a un clamor que ya no podía ignorar. Y como todo lo que hemos hecho, nació de la obediencia, fue impulsado por la fe, y sostenido por la gracia.

Hoy, muchos de esos primeros residentes de Texas ya no solo están recuperándose—están liderando. Se han convertido en hacedores de discípulos, mentores y ministros. Están alcanzando las mismas calles de donde una vez salieron, trayendo libertad a la próxima ola de quebrantados. Lo que comenzó como una carga, se convirtió en un movimiento. Lo que parecía un regreso a casa, se convirtió en una cosecha.

“Jesús les dijo: ‘Vengan, síganme, y los haré pescadores de hombres.’ Ellos, dejando al instante las redes, lo siguieron.” — Mateo 4:19–20

Capítulo 11: De Huérfanas a Siervas – La Historia de la Granja en Costa Rica (2012)

Nada de lo que estás a punto de leer—ni lo que sigue en los próximos capítulos—habría sido posible sin la fe, la generosidad y la obediencia de aquellos a quienes Dios llamó para caminar con nosotros. Un hermano, que me conocía desde mi salida de prisión, ayudó a hacer posible la compra del terreno. Otro estuvo a mi lado en las trincheras durante esos primeros días—hombro a hombro—orando, animando y ayudándome a navegar algunos de los momentos más difíciles. Hoy, él sirve como líder principal dentro de BFI, y sigue ayudando a dirigir lo que viene por delante.

Pero no fueron solo ellos.

A lo largo de los años, un pequeño y fiel grupo de hermanos y hermanas se presentaron silenciosamente. Hombres y mujeres que tal vez nunca serán conocidos por el mundo—pero son profundamente conocidos por el cielo. Dieron cuando nadie miraba. Oraron sin que nadie se los pidiera. Se quedaron cuando irse habría sido más fácil. Sus huellas están en cada ladrillo, cada oración, cada vida transformada.

Incluso mis propios hijos desempeñaron un papel silencioso pero vital. En esos primeros años, vivieron junto a estas hermanas huérfanas—ayudando a poner el fundamento no solo con sus manos, sino con su presencia, sacrificio y amor. Nunca buscaron el reconocimiento, pero sus huellas forman parte de esta historia, escrita de una manera que solo la familia podría entender.

Este capítulo no es solo mi historia—es nuestra historia. Un testimonio de gracia, edificado por la fidelidad silenciosa de muchos que simplemente dijeron “sí” cuando Dios los llamó.

Ahora, uno de los más grandes regalos del Señor para mí—y mi regalo de vuelta para Él—es esta historia.

La granja que elegimos estaba escondida en lo profundo de las montañas remotas del sur de Costa Rica. La mayoría la habría pasado por alto. Ciertamente teníamos otras opciones—mejores terrenos, mejor infraestructura, mejores inversiones. Pero no tenían lo que esta granja tenía.

Al otro lado del camino de tierra, en una choza derrumbada en medio de la jungla, vivía un grupo de hermanas huérfanas de 19 años o menos. Todas de una misma familia. Su madre había muerto repentinamente. Su padre había desaparecido. No tenían protección ni guía—solo se tenían entre ellas y su instinto de sobrevivir. Recogían vegetación de la selva para comer. Se bañaban en el río. Dormían con miedo. Nadie las visitaba. Pero nunca fueron invisibles para Dios.

Incluso en su sufrimiento, había algo en ellas que brillaba. Lo vi la primera vez que las conocimos—en los ojos de la hermana mayor. Un destello de esperanza. Una resiliencia silenciosa. No pedían ayuda, pero se podía sentir el anhelo por amor, por pertenencia, por alguien que dijera: “Importas. Estás a salvo ahora.”

No solo sobrevivían. Estaban esperando. Esperando ser vistas. Esperando ser elegidas. Esperando una familia. Y a pesar de no tener nada, irradiaban algo que rara vez había visto—inconfundible gozo en medio del dolor.

Así que cuando esa granja al otro lado del camino estuvo disponible, no fue una decisión difícil. Fue una cita divina. Sabíamos que Dios no nos llamaba a rescatar desde lejos. Nos llamaba a vivir entre ellas. A echar raíces. A construir familia.

Y eso hicimos.

Llevamos líderes de SLT—jóvenes que alguna vez habían estado rotos, pero que habían encontrado el amor y la redención del Padre. Mi hijo de 18 años y mi hija de 22 también fueron, abrazando esta tierra salvaje y desconocida, entregando sus corazones al suelo del ministerio. Esta vez, no se trataba solo de alcanzar a hijos atrapados en la adicción—se trataba de alcanzar a hijas que, aunque libres de drogas, estaban profundamente heridas por la pérdida y el abandono, y necesitaban que alguien caminara con ellas.

Chicas que nunca habían conocido la seguridad del abrazo de un padre, ahora estaban descubriendo la seguridad de su Padre Celestial.

Al principio, el trabajo fue simple y lento. Sembramos comida. Ofrecimos refugio. Construimos con lo que teníamos. Hubo días en que nos preguntamos si era

suficiente. Pero Dios nunca tiene prisa. Él no solo estaba construyendo una misión—estaba construyendo una familia.

Y poco a poco, sucedió.

Las chicas que una vez se escondían en las sombras comenzaron a salir a la luz. Lideraban sin exigir reconocimiento. Servían sin esperar recompensa. Adoraban con lágrimas y cantaban con gozo. Discipulaban a niños más pequeños, alimentaban familias hambrientas, dirigían estudios bíblicos juveniles y consolaban a los quebrantados.

No fueron entrenadas en seminarios. Fueron entrenadas en la escuela del sufrimiento, la gracia y el fuego. No llevaban credenciales—pero llevaban cicatrices. Y esas cicatrices se convirtieron en su unción.

No necesitaban títulos. Llevaban autoridad del Reino.

Entonces llegó el momento que aún me hace llorar.

Mi querido hermano y yo tomamos la decisión de entregarles la granja. No fue una recompensa. No fue una donación. Fue una herencia. Ellas habían entregado sus vidas por los demás. Ahora tenían un lugar que podían llamar suyo—no solo para vivir, sino para liderar. No solo para sobrevivir, sino para multiplicar. No solo para recibir, sino para dar.

Era de ellas—no solo como propietarias, sino como administradoras. Como hijas del Rey. Como pastoras de un legado que ya no nos pertenecía retener.

Hoy, esa finca está viva.

Programas de alimentación. Iglesia infantil. Reuniones de discipulado. Alcances comunitarios de cuidado. Risas que resuenan donde antes había silencio. Sanidad fluyendo donde antes había dolor.

Ya no es solo un terreno.

Es un faro sin paredes. Una plataforma de lanzamiento. Un legado de redención, familia y el Reino de Dios.

Cinco de las seis chicas originales ahora están casadas, criando a sus familias justo fuera de las puertas de la finca—una hermosa muestra de la restauración y provisión de Dios, especialmente en una región donde hay muy pocos terrenos disponibles para construir. Una de ellas—mi hija, quien me sirve como

traductora—vive en la finca junto a su esposo. Ella cuida con amor del apartamento tipo estudio que ocupó durante mis seis meses cada año en Costa Rica. También mantiene un ojo atento sobre el ganado y el mantenimiento de la propiedad, especialmente cuando las otras chicas están en sus casas, ocupándose de sus familias y responsabilidades diarias. Su corazón de servicio y fidelidad continúa el legado que comenzamos—ahora multiplicado.

He estado en escenarios. He sido testigo de poderosos movimientos de Dios. Pero nada se compara con ver a estas hijas—antes abandonadas y temerosas—caminar con valentía, lavar pies, liderar con autoridad y vivir el evangelio con alegría.

Esa finca es más que una historia.
Es un milagro que respira.

Y pensar que todo comenzó al otro lado de la calle. Una finca. Unas cuantas niñas. Y un simple *sí* a Dios.

"Si te entregas al hambriento y sacias el deseo del afligido, entonces tu luz se levantará en las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía. El Señor te guiará continuamente, saciará tu alma en lugares áridos y fortalecerá tus huesos. Serás como un jardín bien regado, como un manantial cuyas aguas nunca faltan. Y los tuyos reedificarán las ruinas antiguas; levantarás los cimientos de generaciones pasadas, y serás llamado Reparador de brechas, Restaurador de sendas para habitar."

— Isaías 58:10–12

Capítulo 12: Luz en las Sombras – Ministerio en Prisiones y Refugiados en Italia (2016)

Varias personas, en circunstancias completamente diferentes, comenzaron a poner a Italia en mi corazón. Empecé a preguntarme: ¿podría ser que Dios nos estuviera llamando allí? La idea no me soltaba, especialmente después de que uno de nuestros colaboradores en Costa Rica expresara un profundo deseo de liderar una nueva obra en Italia. La inquietud no desaparecía.

Entonces vi a Italia como una ubicación estratégica: una puerta de entrada que conecta África, Europa y el Medio Oriente. Aun así, no sabíamos exactamente en qué parte de Italia Dios nos establecería. Pero teníamos un amigo de confianza

en el norte—el director del rancho para jóvenes en Costa Rica—y por eso comenzamos nuestro viaje allí.

El día después de llegar a Milán, condujimos hasta La Spezia, planeando avanzar hacia el sur mientras orábamos por claridad y confirmación sobre dónde establecer Breaking Free Italia. Esa misma noche, algo inesperado sucedió: llevé a nuestro cocinero a los pies de Jesús después de que terminó su turno. Solo después supe que estaba luchando contra una adicción a la heroína.

Continuamos nuestro viaje, conduciendo durante días de ciudad en ciudad, pero nada se sentía correcto. Ningún lugar nos daba paz. Entonces me cayó el veinte: La Spezia—nuestra primera parada—era la respuesta. Un alma había venido a Cristo. ¿Qué más confirmación necesitaba?

Regresamos a La Spezia, y me reuní nuevamente con el joven. Le compartí cómo Dios lo había usado para guiarnos. Rompió en llanto y me dijo que su padre había sido misionero en Brasil. Él había estado huyendo de Dios por años—y ahora, estaba regresando a casa. Luego me confesó que era adicto a la heroína. Eso lo confirmó todo. Lo supe en mi espíritu: este era el lugar. Así comenzó todo.

Y en otra cita divina, ese mismo joven nos ayudó a encontrar una casa—alquilada por un dentista local que rápidamente se convirtió en un amigo confiable y protector. Todo era confirmación: Dios ya había ido delante de nosotros. Él ya estaba preparando el fundamento para lo que vendría en La Spezia.

Ninguno de nosotros podía imaginar lo que Dios tenía planeado cuando Breaking Free se expandió a La Spezia, Italia. Todo comenzó con una carga—al ver a miles de personas desplazadas llegar a Europa, buscando refugio de la guerra, el terror y la persecución religiosa. Cruzaron fronteras desesperados por paz, pero se encontraron atrapados en una nueva forma de esclavitud: adicción, indigencia y abandono sistémico. Habían escapado de una pesadilla solo para despertar en otra.

Como siempre, llevamos lo que Dios nos había confiado: comidas calientes, asesoría legal, oración compasiva y la esperanza inquebrantable de Jesucristo.

Al principio, nuestro enfoque eran las calles—ministrando a refugiados en parques, callejones y refugios temporales. Pero pronto, Dios abrió una puerta más profunda, una que no esperábamos: había una prisión en La Spezia.

Me invitaron a compartir mi historia de esperanza con los hombres, y pronto me encontré caminando por los pasillos de la prisión—sin escolta de

guardias—sentado cara a cara con reclusos vinculados a la mafia siciliana, grupos islámicos radicales y sindicatos del crimen internacional. No eran delincuentes comunes. Eran hombres que el mundo ya había descartado—endurecidos, peligrosos y, a los ojos de la sociedad, sin redención.

Pero yo no vine a condenarlos—vine con una historia propia. Vine a compartir la misma misericordia que me había rescatado. Estos hombres no necesitaban otro sermón; necesitaban la verdad del Evangelio.

**“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”
—Juan 3:16**

Seré honesto—me sentía incómodo al principio. Ya había estado en prisiones antes, pero nunca así. Allí, los guardias me permitían moverme libremente, solo, de un bloque de celdas a otro. Podía sentir los ojos de los reclusos radicalizados siguiéndome cada paso—evaluando el riesgo, calculando el valor de atacarme. Pero Dios ya había ido delante de mí, como siempre lo hace. Y en cada lugar de oscuridad al que Él nos envía, Su luz siempre demuestra ser más fuerte.

Asombrosamente, algunos de los primeros en responder al Evangelio fueron miembros de pandillas nigerianas—hombres imponentes, con fluidez en inglés, marcados por años de violencia y encarcelamiento. Abrazaron la Palabra con hambre y gozo. Pronto, caminaban conmigo por los bloques de la prisión—no como guardaespaldas, sino como hermanos en Cristo.

Ahora, no me malinterpretes—era una bendición tener a estos hombres a mi lado. Al movernos de un bloque a otro, ellos corrían la voz en silencio. Para cuando llegaba a un nuevo bloque, otro hermano nigeriano recién convertido ya me esperaba para caminar conmigo. Era como ver una reacción en cadena del Reino, una alma a la vez.

En todas partes compartía el mismo mensaje: la esperanza es real. La transformación es posible. Jesús aún salva. No suavicé mi pasado. Les dije claramente:

“No siempre fui el predicador que entra por esas puertas. Hace años, yo también llevaba grilletes.”

Pero no fue tras las rejas donde conocí a Jesús. Fue poco después de salir—parado en la encrucijada entre la destrucción y el destino. La vida antigua me llamaba: adicción, las calles, dinero rápido, las mismas caras familiares

tratando de arrastrarme de nuevo. Pero el Espíritu Santo susurró—profundamente dentro de mí: “Puedes regresar... o puedes seguirme.”

No hubo luces. No hubo llamado al altar. Solo una decisión. Y esa decisión lo cambió todo.

No porque lo hice todo bien. Sino porque dije: Sí, Señor, aquí estoy.

Años después, estaba de vuelta en prisión—pero esta vez como hijo del Dios Altísimo, enviado con propósito. El mismo tipo de lugar que una vez me tuvo cautivo se convirtió en el terreno donde vi algunos de los mayores milagros de mi vida.

Hombres lloraban en sus celdas. Asesinos elegían el perdón. Antiguos líderes de pandillas dejaban su orgullo y tomaban Biblias. No se estaban volviendo religiosos. Se estaban volviendo libres. Porque solo el Espíritu Santo puede escribir historias así.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas.”

—2 Corintios 5:17

Miraba a los ojos de esos reclusos y no veía criminales.

Veía espejos. Veía la misma encrucijada que una vez enfrenté. Y les dije lo que hubiera querido que alguien me dijera antes:

“Puede que estés tras las rejas, pero no estás fuera del alcance de la esperanza. Tienes una elección. Y Jesús te está esperando al otro lado de ella.”

Capítulo 13: Esperanza para Ella – Un Lugar de Sanidad y Restauración (2014)

A medida que el programa para jóvenes en Texas echaba raíces y comenzaba a florecer, surgió otro clamor—silencioso, pero constante. Mientras celebrábamos a hijos y hermanos siendo restaurados, se volvió imposible ignorar el silencio de las hijas. Debajo de cada victoria, quedaba un vacío—madres, hermanas y jóvenes mujeres aún batallando contra la adicción, el abuso, el trauma y profundas heridas de identidad. Su dolor no era menor. Solo era menos visible.

Pero Dios las vio.

Llamadas telefónicas comenzaron a llegar de familias desesperadas—madres y padres suplicando ayuda. Historias de hijas perdidas en las drogas. Mujeres atrapadas en ciclos de autolesión, depresión, relaciones tóxicas, y una vergüenza tan aplastante que distorsionaba su sentido de valor. No eran estadísticas. Eran vidas—almas preciosas por las que Jesús murió para redimir.

Sabíamos que había llegado el momento.

No podíamos llamarnos un ministerio de libertad mientras dejábamos sin luchar la mitad de la batalla. Durante años, la carga por las jóvenes pesaba en mi corazón. No podía quitármela de encima. Dondequiera que mirábamos, la evidencia estaba ahí—hijas quebrantadas, abandonadas por los sistemas, ignoradas por los establecimientos religiosos, y clamando en silencio. La pregunta que me perseguía no era *si* debíamos responder, sino *cuándo*.

Luché con esto en oración, en planificación y en largas noches de desvelo, pensando en cada ángulo. ¿Cómo crear un lugar que alcanzara el dolor específico del corazón de una joven—un dolor muchas veces arraigado en la violación, la pérdida de identidad o la vergüenza generacional? Esto no podía ser una simple copia del programa para hombres. Tenía que ser algo más—un espacio sagrado, moldeado con compasión, confianza y el poder redentor de la verdad de Dios hablada directamente al alma femenina.

Lo repasé una y otra vez, a veces sintiéndome atrapado entre la visión y su implementación. Busqué sabiduría, escuché historias y le pedí a Dios que nos mostrara el camino. Y cada vez que me sentía abrumado por el *cómo*, Él me recordaba el *por qué*.

Porque la libertad no está completa si solo alcanza la mitad de la casa.

Y así, lo que comenzó como una carga se convirtió en un plano. Un programa que se convertiría en *Esperanza para Ella*—un lugar no solo de recuperación, sino de vida resucitada.

Desde un lugar de oración, compasión y convicción, nació *Esperanza para Ella*—el programa de recuperación y restauración de Breaking Free dedicado a las jóvenes. Iniciado en el corazón de Texas, no era simplemente una “versión femenina” del programa para hombres. Era un santuario de sanidad, creado con intención para alcanzar el corazón femenino. Un espacio sagrado donde las mujeres pudieran procesar el trauma, reclamar su identidad, romper ataduras generacionales y caminar en la verdad de lo que Dios dice que son.

Y lo que hemos presenciado ha sido nada menos que milagroso.

Hemos visto llegar a jóvenes cerradas, con sueños rotos y autoestima hecha pedazos—y comenzar a florecer. Muchas llegaron adictas, temerosas y en silencio. La mayoría nunca había escuchado que eran hijas del Rey. Hoy, llevan esa verdad como una corona—no de orgullo, sino de propósito.

Hemos sido testigos de destinos enterrados siendo desenterrados. Corazones entumecidos que comienzan a sentir de nuevo. Cenizas que son cambiadas por belleza. Y como cada obra que Dios ha dado a luz a través de Breaking Free, este ministerio se ofrece gratuitamente. Sin costo. Sin etiqueta de precio. Porque la gracia nunca está a la venta.

Nuestro rol es simple: Administrarlo, no controlarlo. Derramarlo, no lucrar con él.

Y así como hemos visto a los jóvenes hombres levantarse a través del liderazgo de siervos, también hemos visto a las jóvenes mujeres levantarse—valientes, equipadas y ungidas. Líderes. Mentoras. Ministras. Su transformación no se detiene en la sanidad personal—fluye hacia una vida de propósito. Hoy, mujeres que antes no podían mirarse al espejo ahora guían a otras hacia la libertad.

**Ya no son solo receptoras de esperanza.
Se han convertido en portadoras de ella.**

Lo que comenzó como un susurro de las heridas, se ha transformado en un coro de voces restauradas, cantando sobre una nueva generación:

“No estás olvidada. No estás descalificada. Eres Suya.”

***“Está vestida de fortaleza y dignidad;
y se ríe sin temor al futuro.
Abre su boca con sabiduría,
y la enseñanza de la bondad está en su lengua.”
— Proverbios 31:25–26***

Capítulo 14: Lanzando Redes – Pescadores de Hombres en Costa Rica II (2019)

Desde los callejones empedrados de Italia hasta las costas azotadas por el viento del Pacífico, Dios redirigió nuestros pasos una vez más—esta vez, de regreso a

Costa Rica. Pero no a las verdes montañas donde nuestra primera misión internacional había echado raíces. Esta asignación era distinta. Costera, cruda, y marcada tanto por una belleza impresionante como por un peligro que no podía ignorarse.

Fuimos enviados al lado Pacífico de Costa Rica—una región que muchos imaginan como un paraíso de olas turquesas y arenas doradas. Pero a lo largo de la costa sur, esa belleza superficial está ensombrecida por una dura y oculta realidad: narcotráfico arraigado, pobreza generacional, violencia de pandillas, y una oscuridad espiritual que se aferra al ambiente como una niebla que asfixia. Es el tipo de lugar donde el miedo camina abiertamente por los caminos de tierra, y la esperanza se siente como una visita extranjera—rara, y que nunca se queda por mucho tiempo.

Pero es precisamente allí donde el Evangelio brilla con más fuerza.

No llegamos con espectáculo—ni escenarios, ni lemas llamativos, ni reflectores. Llegamos con las manos abiertas y el nombre de Jesús. Sin propaganda. Solo humildad. Nuestro objetivo no era construir una marca, sino crear un refugio—un lugar donde los heridos pudieran encontrar sanidad, y los quebrantados levantarse.

Empezamos con lo que teníamos en nuestras manos: botes viejos.

Esta segunda obra en Costa Rica no comenzó en una capilla. Comenzó restaurando botes de pesca rotos—herramientas de supervivencia para familias desesperadas. La iniciativa no nació de mí, sino del corazón de mi hijo adoptivo—quien, según el diseño divino de Dios, resultó ser el hermano biológico de las seis niñas que habíamos adoptado años antes desde las selvas de Costa Rica.

Una de esas niñas—ahora mi hija, traductora, y valiente sierva de Cristo—se me acercó un día con una súplica silenciosa pero urgente. “Papi,” me dijo, “hay alguien que necesitas conocer.”

No dijo mucho más, pero la esperanza en su voz lo decía todo. Sabía que si lo veía—si realmente lo veía—yo lo ayudaría. Tal vez incluso lo adoptaría. Más tarde me confesó que eso era exactamente lo que había estado orando.

Me llevó a una casa en ruinas al borde de un camino peligroso. Afuera estaba un joven—desgastado, con los ojos pesados de cansancio, un bebé en brazos y una

mujer agotada a su lado. La pobreza era abrumadora. Pero incluso en las sombras, había una dignidad silenciosa en él. Mi corazón se quebró.

En ese momento, el Espíritu Santo susurró: “Él también es tuyo.”

Lo acogimos. Lo adoptamos. Y con ese simple y sagrado “sí”, se escribió otro capítulo de redención—no solo en la historia de nuestra familia, sino en el registro eterno del cielo.

Pero el enemigo no cede territorio sin pelear.

Poco después de comprometernos a plantar raíces profundas en esa región—poniendo los cimientos para la siguiente misión de *Breaking Free*—tuve un encuentro que me recordó el costo. Caminaba por un camino de tierra, admirando las flores silvestres, cuando una motocicleta se detuvo a mi lado. El hombre que la conducía no dijo nada. Sin amenazas, sin preguntas. Solo sacó un arma y me miró—con unos ojos fríos y vacíos, como si llevaran el peso de muchas muertes.

Su guardaespaldas observaba en silencio. Luego, sin una sola palabra, el hombre se alejó.

Más tarde, mi hijo me dijo: “Papi... ese hombre es un *sicario*. Un asesino a sueldo. Trabaja con una narco-banda de Panamá. Está aquí cobrando dinero.”

Le pregunté cómo lo sabía.

Respondió: “Porque... él me compra pescado.”

Ese momento no marcó mi alma con miedo—la marcó con fuego. Esta misión nunca fue pensada para ser segura. Fue pensada para ser santa.

Entonces, ¿por qué lo hacemos? ¿Por qué arriesgar tanto en lugares como este?

Porque hay almas rotas y perdidas en todas partes. Y cuando la luz de Jesús entra en las sombras, sí—habrá resistencia. Pero también habrá redención. Siempre.

Dios no estaba simplemente plantando un ministerio en la costa—estaba estableciendo Su Reino en una tierra que el mundo había descartado como demasiado perdida.

Este es el latido de *Breaking Free*: ir donde otros no quieren ir, amar a quienes otros temen, y creerle a Dios por lo que otros llaman imposible.

Hoy, una industria pesquera humilde pero poderosa alimenta a los pobres y emplea a los desesperados.

Esta es una discipulación sin muros.

Esta es la redención en acción.

Esto es lanzar redes en mares más profundos.

“Vengan, síganme,” les dijo Jesús, “y los haré pescadores de hombres.”

— Mateo 4:19

Capítulo 15: El Santuario en la Selva – Iglesia Infantil Sin Muros

En el corazón de la selva—donde los caminos desaparecen en senderos de tierra y la esperanza suele ser ahogada por el hambre—Dios nos dio una nueva asignación: alimentar a Sus hijos—cuerpo, alma y espíritu.

Como siempre, no comenzó con un gran plan estratégico. Comenzó con estómagos vacíos, pequeños descalzos, y el inconfundible tirón de la compasión. Antes de predicar un solo sermón, servimos un plato de comida. Antes de construir una estructura, nos sentamos sobre troncos y compartimos historias bajo los árboles. Cada comida se convirtió en un mensaje. Cada reunión, un vistazo del cielo rompiendo el dosel de la pobreza.

Comenzó pequeño—solo un puñado de niños. Nosotros llevamos arroz, frijoles, fruta y algo de ropa donada. Ellos trajeron su hambre, su curiosidad y sus sonrisas amplias pero cautelosas. Lo que no sabíamos en ese momento era que no solo estábamos iniciando un programa de alimentación—estábamos plantando una iglesia. Una iglesia sin muros, donde el púlpito y los bancos eran un tronco de madera, y el equipo ministerial tenía los zapatos llenos de barro. Pero Jesús estaba en medio de nosotros.

Semana tras semana, más niños llegaban. Algunos caminaban kilómetros por senderos estrechos en la selva. Otros venían cargando hermanos menores en sus caderas. A menudo nosotros mismos caminábamos por la selva, encontrándonos con ellos en puntos estratégicos donde el camino se abría lo suficiente como para reunirnos. No venían solo por comida—venían por amor. Por la seguridad de ser vistos. Por el gozo que, aunque fuera solo por un momento, aliviaba el peso de la lucha diaria.

Contábamos historias bíblicas en un español sencillo. Reíamos. Llorábamos. Orábamos. Y poco a poco, esa selva se convirtió en un santuario viviente. No

hecho de ladrillos o vitrales, sino de gozo, fe, sanidad y esperanza. Un santuario construido no con planos arquitectónicos, sino con quebranto y obediencia.

A lo largo de todo, las niñas que una vez adoptamos de estas mismas selvas se convirtieron en más que hijas—se convirtieron en socias en la misión, dando ejemplo a la misma comunidad que una vez les dio la espalda en su tiempo de crisis. Mientras que muchos adolescentes en el mundo están consumidos por las distracciones, estas jóvenes viven su llamado con madurez y pasión. Cocinan los alimentos, preparan las lecciones, y oran por los niños por nombre—sirviendo no por obligación, sino desde un corazón que recuerda lo que es estar en necesidad.

Y su ministerio no se detiene allí. Ayudan a administrar la granja que produce gran parte de los alimentos que servimos. Sirven fielmente cada sábado en nuestras reuniones de El Arca de Niños y Jóvenes—y están disponibles durante toda la semana para responder a las necesidades que surgen. Ya sea entregando comida a una familia remota, visitando a un niño enfermo, o sentándose en silencio junto a alguien que sufre—ellas están presentes. No por obligación, sino por compasión. Porque recuerdan. Recuerdan lo que se siente ser el necesitado. Sus historias—una vez marcadas por el abandono y el trauma—se han convertido en testimonios de sanidad, restauración y autoridad espiritual. Ellas son el fruto de esta misión, y ahora están criando a la próxima generación.

Hoy, ese pequeño comienzo ha crecido en un ministerio infantil floreciente. Cada semana, docenas de niños son alimentados—física y espiritualmente. Saben quién es Jesús. Saben que son amados. Saben que tienen propósito. Y ahora, muchos de sus padres—antes endurecidos por la supervivencia y escépticos de la fe—también están comenzando a venir. Porque cuando alimentas a un niño, a menudo alcanzas a una familia.

No esperamos condiciones perfectas—las cuales casi nunca existen. Simplemente dijimos: "Sí, Señor, iremos." Y Dios trajo el crecimiento. Con el tiempo, pudimos construir una pequeña iglesia infantil al aire libre en nuestra granja—con capacidad para hasta 175 niños. Esa misma granja ahora produce gran parte de la comida que servimos. Aproximadamente un tercio de los niños pueden caminar hasta la granja cada sábado por la mañana para asistir a lo que ahora llamamos El Arca de Niños y Jóvenes. ¿Y los otros dos tercios? Aún vamos a ellos—profundamente dentro de la selva, donde todo comenzó. Porque la misión nunca ha dejado de extenderse hacia afuera.

Todavía nos reunimos bajo los árboles. A veces la lluvia cae fuerte, y nos apiñamos juntos, levantando nuestras voces para ser escuchadas sobre la

tormenta. Pero lo que está ocurriendo allí afuera no es nada menos que un mover de Dios. Los niños están siendo levantados como adoradores, guerreros de oración y futuros líderes. No algún día—ahora. Porque creemos esto: El Reino no comienza cuando creces. Comienza en el momento en que Jesús toca tu corazón—tengas cinco o cincuenta años.

“Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el Reino de los Cielos es de quienes son como ellos.” — Mateo 19:14

Capítulo 16: Esperanza en Casa – Amor Sin Muros en Plano (2022)

Hay algo sagrado en regresar al lugar donde comenzó tu historia—pero esta vez, no como una víctima, sino como un vaso en manos de Dios. Plano, Texas, fue una ciudad de la que una vez traté desesperadamente de escapar. Un lugar lleno de recuerdos que nunca quise revivir. Las calles guardaban las sombras de quien yo solía ser. Pero cuando Dios redime una vida, muchas veces también redime la geografía. Lo que antes fue un pozo de dolor, se convirtió en una plataforma de propósito. Las mismas calles que una vez presenciaron mi caída, ahora son las mismas donde declaro Su gloria.

Cuando regresé, no lo podía creer—cómo una ciudad reconocida entre las diez mejores del país para vivir también podía tener personas durmiendo en las aceras y vagando con tormentos mentales por vecindarios suburbanos impecables. A plena vista estaban los quebrantados, los olvidados, los adictos y los enfermos mentales. La crisis era real. Y no pude mirar hacia otro lado.

Así que en el 2022, lanzamos *Amor Sin Muros*—un ministerio de alcance a personas sin hogar, que los encuentra exactamente donde están: debajo de puentes, detrás de centros comerciales, en callejones, a lo largo de las aceras, y bajo los pasos elevados. Mucho antes de que salga el sol—dos horas antes del amanecer—salimos a las calles con mochilas llenas de comida, kits de higiene, calcetines limpios, agua, y lo más importante, oración y el amor de Jesús. No esperamos a que los necesitados vengan a nosotros—nosotros vamos a ellos.

Nos detenemos. Miramos a cada persona a los ojos. Nos presentamos—o los llamamos por su nombre si ya los conocemos. Les ofrecemos una “bolsa de gracia” con artículos esenciales, conversamos con ellos, y buscamos construir relaciones genuinas. Nos aseguramos de que conozcan los recursos disponibles, escuchamos sus historias, y oramos con ellos allí mismo. Y por encima de todo, les recordamos esta verdad inquebrantable: todavía llevan la imagen de Dios.

Algunos luchan contra la adicción. Muchos están profundamente atrapados en enfermedades mentales. Otros simplemente están agotados por la vida—divorciados, en bancarrota, traicionados, abandonados. Pero ninguno está fuera del alcance de la esperanza. Hemos visto lágrimas correr por rostros endurecidos mientras oramos sobre manos sucias y callosas. Hemos visto corazones duros suavizarse al recordarles que a alguien todavía le importa—y ese Alguien es Jesús.

Este ministerio es crudo. Es real. Huele a ropa vieja y sueños rotos. Pero es terreno sagrado—precioso para el Señor. Es donde el Evangelio respira con más fuerza—no en la comodidad, sino en la compasión. No en escenarios ni reflectores, sino en silencio y rendición. Y lo que lo hace aún más sagrado es el lugar donde sucede—Plano. La ciudad donde una vez lo perdí todo, ahora es el lugar donde encuentro propósito y redención cada mañana. Las calles donde antes tropecé con vergüenza, ahora son las calles donde oro, lloro con los heridos, y proclamo la esperanza y las promesas inquebrantables de Dios.

Dios no desperdicia ni una sola cicatriz. Él transforma el dolor. Y a veces, nos envía de regreso al lugar de nuestro mayor fracaso para convertirnos en mensajeros de Su mayor misericordia. A medida que los ministerios crecen y los líderes ganan influencia, siempre existe la tentación sutil de inclinarse hacia lo cómodo—ir donde fluye el financiamiento, donde los aplausos son más fuertes, y donde la carga parece más ligera.

Pero el llamado de Jesús no ha cambiado. Él no nos envió a construir plataformas de conveniencia—nos envió a los campos de sudor y tierra. A las aceras empapadas de lágrimas. A los lugares que exigen tanto coraje como gracia. El verdadero ministerio todavía sucede en las trincheras—entre los quebrantados. Donde la comodidad escasea, pero Cristo está cerca.

Yo creo sinceramente que una de las razones por las que Dios sigue bendiciendo tan abundantemente a *Breaking Free* es porque —incluso ahora—permanezco en la lucha. Ya sea trabajando en la selva de Costa Rica o caminando por las calles de Plano seis mañanas a la semana, me esfuerzo por estar donde Jesús estaría: entre los olvidados. Entre los quebrantados. Entre los desesperados.

La bendición no se encuentra en la facilidad. Se encuentra en la obediencia. No en los aplausos, sino en la presencia. No fuimos llamados solo a recordar a los pobres—fuimos llamados a ir hacia ellos.

Amor Sin Muros no es solo un programa. Es una declaración: que nadie está demasiado perdido. Que la misericordia lleva botas y camina por las calles. Que

Cristo todavía se mueve en callejones y detrás de basureros. Que el avivamiento a menudo comienza—no dentro de un edificio—sino al lado de un alma rota. Que la Iglesia pertenece donde están los heridos.

“¿No es más bien el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar libres a los quebrantados y romper todo yugo?

¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano?”

—Isaías 58:6–7

Capítulo 17: Generación Redimida – Rompiendo Ciclos Antes de que Comiencen (2023)

A medida que nuestro ministerio se profundizaba—tanto en las calles como a través de los Servicios de Dependencia Química de Breaking Free—Dios comenzó a volcar nuestros corazones hacia un nuevo tipo de campo misionero: la próxima generación. Los mismos jóvenes que alcanzábamos a través de programas de recuperación a largo plazo e intervención en crisis, ahora sentíamos el llamado a alcanzarlos por medio de la prevención. Dios estaba ampliando nuestro enfoque: de rescatar a los quebrantados a proteger a los inocentes. Lo que comenzó como una carga pronto se convirtió en una asignación audaz dada por Dios. En 2023, después de años de alcance constante y construcción de confianza, fui aprobado oficialmente como voluntario para llevar educación preventiva a más de 180,000 estudiantes en las escuelas públicas del condado de Collin. Esto no era solo otro programa—era un milagro. En un tiempo en el que la verdad bíblica a menudo es silenciada o marginada, Dios abrió ampliamente las puertas. Nos permitió entrar a las aulas públicas con compasión, verdad y el corazón de Cristo.

Los estudiantes eran libres de hacer cualquier pregunta—y cuando lo hacían, yo era libre de compartir quién cambió mi vida. Una y otra vez, el Espíritu Santo preparaba el escenario para mi testimonio de Dios. A Dios sea la gloria. No llevamos religión—llevamos redención. Estudiantes que nunca habían pisado una iglesia ahora estaban escuchando mensajes que dan vida sobre identidad,

propósito, límites y esperanza. Sí, hablamos sobre adicción—pero también hablamos de destino. Ese es el poder de la prevención: los alcanzamos antes de que el mundo pudiera romperlos.

Nos mantenemos constantemente informados sobre lo que legalmente se puede compartir en las escuelas públicas. Las leyes importan—y las honramos. De hecho, muchos maestros e incluso administradores no están completamente conscientes de lo que realmente permite la Constitución respecto a la separación entre la Iglesia y el Estado. Pero esta es la verdad: si un estudiante me pregunta cómo cambié, puedo compartir legal y respetuosamente que Jesús se convirtió en mi Salvador y Redentor. Eso no es predicar—es responder una pregunta personal con una historia personal. Y cuando todo está dicho y hecho, siempre respetaré la autoridad en el aula y en la administración escolar, incluso si están operando bajo una agenda—o simplemente por ignorancia de la ley. Porque el Espíritu Santo es más grande que todo eso. Él no necesita un púlpito—solo un vaso dispuesto. Era una estrategia del Reino—cortando el plan del enemigo antes de que pudiera echar raíces.

Al mismo tiempo, Dios estaba expandiendo nuestro alcance internacionalmente. En las colinas rurales y los barrios abarrotados de Costa Rica, lanzamos programas de prevención juvenil en escuelas, iglesias e incluso en campos de fútbol polvorientos. En comunidades marcadas por pobreza generacional y desesperanza, sembramos semillas de resiliencia, verdad y valentía. Y a través de culturas e idiomas, el mismo mensaje resonaba: Tú importas. No eres un error. Dios tiene un plan para tu vida. Y Dios no se detuvo allí.

Desde los primeros días del ministerio, una cosa siempre tocó profundamente mi corazón: las voces más desesperadas no siempre eran los adictos—eran las madres, padres, hermanos, hermanas y esposos. Manos temblorosas. Corazones rotos. Súplicas por ayuda. Muchas veces, estaban desesperados financieramente—en bancarrota por la incontable cantidad de dinero gastado tratando de salvar a su ser querido. Entonces alguien les hablaba de nuestros programas gratuitos, conocidos por su excelencia, integridad e impacto espiritual. Esa simple recomendación se convertía muchas veces en su salvavidas—su faro. Un rayo de esperanza en medio del quebranto.

A menudo le decía a nuestro equipo: “Tu mayor ministerio es quien llama.” Tantas veces, era el miembro de la familia quien estaba más roto, más abierto al evangelio y más listo para Dios que el mismo adicto. Ámalos de regreso a la vida, y el adicto tiene muchas más probabilidades de cambiar. Fortalece a la familia en Jesús, y el efecto dominó puede impactar generaciones. Incluso hoy, cuando un

número desconocido aparece en la pantalla de mi teléfono—me detengo. Pienso. Prioritizo. Porque sé—podría ser la última esperanza de alguien, una cita divina que no puedo arriesgarme a perder. No puedo contar cuántas veces, a lo largo de los años, las madres—especialmente—han dicho: “Cada vez que llamaba, en pánico y con un miedo insoportable, tú respondías.” Esa voz al otro lado no era solo la mía—era empatía, formada por el recuerdo del dolor que una vez causé a mi propia familia. Era disponibilidad en su hora de desesperación. Y más que nada, era la presencia de Jesús, apareciendo en el caos, ofreciendo paz cuando nada más tenía sentido.

En 2023, mientras esos clamores se hacían más fuertes, Dios nos llevó a establecer un programa de recuperación cristocéntrico de 30 a 90 días, específicamente para jóvenes y adultos jóvenes. No eran solo “adolescentes problemáticos”—eran hijos e hijas bajo ataque, luchando con adicción, trauma, confusión y desesperación. La mayoría estaban en las primeras etapas del ciclo—desesperados por una intervención, pero aún sin necesidad de atención hospitalaria a largo plazo. Lo que ofrecíamos no era solo sobriedad—era un nuevo comienzo, basado en estructura, sanidad y propósito dado por Dios.

Pero rápidamente vimos una necesidad más profunda: los jóvenes no sufren solos—sus familias también están heridas. Así que construimos una ruta integral de restauración familiar junto con el programa juvenil, ofreciendo cuidado espiritual, consejería bíblica y herramientas prácticas para ayudar a reconstruir los hogares desde adentro hacia afuera. Porque la verdadera transformación no ocurre en el vacío. Ocurre cuando Jesús entra a un hogar y comienza a sanarlo—habitación por habitación.

Nuestro alcance continuó expandiéndose—llegando a niños en riesgo, padres solteros y familias en crisis. Llevamos esperanza, mentoría, alimentos, oración y presencia. A veces era dentro de una iglesia. Otras veces, era en un porche. A menudo, era en lugares donde nadie más quería ir. Pero siempre con este mensaje: “No estás olvidado. Aún hay esperanza.” Y esto es lo que hemos llegado a saber con absoluta certeza: el tamaño nunca es el problema. No se trata de cuán grande es el ministerio—se trata de cuán fieles somos al llamado. Ya sea un padre desesperado o cien jóvenes—cada alma importa. Cada momento cuenta. Porque en un mundo ahogado en oscuridad, la prevención es luz. Es esperanza en la primera línea. Es Dios susurrando: “Te veo—y vengo por ti, antes de que el enemigo pueda hacerlo.”

Y si hemos aprendido una verdad poderosa en el camino, es esta: no hay mejor momento para alcanzar un corazón que antes de que comience el dolor.

Y ahora, estamos viendo cómo esta visión se multiplica. Siempre creí que Dios iba a usar a las chicas de Costa Rica en otras naciones—y ahora, estamos viendo esa visión hacerse realidad de una manera poderosa. Es nada menos que un milagro—uno que solo Dios pudo orquestar. Ahora, a través del poder de la tecnología y su certificación en recuperación de drogas y alcohol, estas jóvenes—que una vez fueron rescatadas, sanadas y discipuladas—están ministrando más allá de las fronteras. Ahora están alcanzando países de habla hispana en toda América Central y del Sur, así como en los Estados Unidos, ofreciendo esperanza cristocéntrica, sabiduría y orientación práctica a madres, padres, esposos y personas atrapadas en la adicción.

Y aún más notable es el factor de confianza. Cuando alguien que está sufriendo en EE.UU. escucha una historia como la de ellas—cruda, real y redentora—las barreras caen rápidamente. Hay algo poderosamente desarmante cuando la sanidad fluye desde otras naciones. Se crea una conexión instantánea. Una confianza que solo Dios puede construir. Lo que una vez fue una granja de discipulado remota, ahora es una plataforma de lanzamiento para un impacto global. Lo que el enemigo quiso para destrucción, Dios lo está usando para liberación. Estas hijas que una vez estuvieron rotas ahora son mensajeras de restauración. Están respondiendo al llamado—multiplicando la misión.

Y algo increíble sucede cuando alguien que está sufriendo en EE.UU. ve a una de estas mujeres de otro país, cargando una historia tan poderosa de redención. Hay una confianza inmediata—casi inexplicable. Las barreras se desvanecen. El dolor se siente comprendido. El corazón se abre. Porque cuando alguien que ha pasado por el fuego habla con gracia y poder, la gente escucha. Es increíble cuán rápidamente se construye la confianza cuando la esperanza llega desde otra tierra, llevando la luz de Dios. De ser rescatadas... a convertirse en rescatadoras. De huérfanas... a líderes siervas. De Costa Rica... a las naciones—y de regreso a los corazones heridos en América.

“Contádselo a vuestros hijos, y vuestros hijos a sus hijos, y sus hijos a la siguiente generación.” —Joel 1:3

Capítulo 18: Gracia Sin Límites – Discipulado 24/7 en Costa Rica

Todo comenzó con un simple “Sí, Señor, aquí estoy” en las calles de Plano, y ha florecido en un movimiento global. Nunca hubiera imaginado que rendirme al llamado de Dios me llevaría a cruzar continentes... pero aquí estamos, al borde de algo verdaderamente monumental.

En 2025, fui invitado a ayudar a capacitar al personal de un centro de rehabilitación con capacidad para 100 adolescentes en la región sur de Costa Rica. Esta invitación no fue el resultado de una crisis ni de un colapso, sino el fruto de una visión dada por Dios. El liderazgo no solo quería fortalecer su programa; vieron algo más profundo. Reconocieron el potencial para una transformación a largo plazo guiada por el Espíritu—no solo para los muchachos, sino para toda la comunidad.

No buscaban simplemente experiencia externa—creían que estábamos divinamente llamados a caminar junto a ellos. Esto no surgió por promoción ni presión. No fue fruto de una campaña ni de una urgencia. Surgió de manera orgánica, mientras Dios entretejía nuestras historias. Y en ese desarrollo divino, se hizo evidente: esto no era solo una misión—era una asociación con propósito.

Había recorrido ese camino durante años, discipulando a jóvenes a través de la adicción, la recuperación y la restauración en Cristo. Estos chicos no eran simplemente “problemáticos”; muchos habían estado atrapados en la adicción desde su infancia. Este programa de dos años no se trataba solamente de sobriedad. Se trataba de identidad. De disciplina de vida. De sanidad. De esperanza.

Esto no era prevención. Era redención. Una segunda oportunidad. Una nueva historia—escrita por la gracia de Dios, una vida a la vez. No nos llamaron para arreglar un desastre. Nos invitaron a ayudar a construir futuros—futuros enraizados en la fe y formados en el amor. Y eso es exactamente lo que nos propusimos hacer.

Nuestro primer paso fue fundamental: capacitar al personal para entender la diferencia entre entrenamiento de liderazgo y desarrollo de liderazgo. El entrenamiento da herramientas. El desarrollo forma el carácter. Uno equipa las manos—el otro transforma el corazón. No solo estábamos introduciendo sistemas. Estábamos cultivando una cultura de discipulado, donde el Evangelio se viviera a diario a través de relaciones auténticas.

Muchos de estos chicos—algunos huérfanos, otros abandonados o profundamente heridos—habían pasado sus vidas bajo castigo, no bajo pastoreo. Aprendieron a sobrevivir en las calles, pero nunca experimentaron la guía de una paternidad espiritual. Ahora, dentro de una comunidad terapéutica centrada en Cristo, estaban encontrando algo diferente: Amor incondicional. Un amor que confronta, pero también consuela. Un amor que no habilita la conducta rota—sino que sana a los quebrantados de corazón. Un amor que no solo los

llama a salir—sino que los llama a subir. Ya no eran gestionados como problemas. Estaban siendo restaurados como hijos.

Desde las devociones al amanecer hasta el trabajo duro en la finca, desde la instrucción académica hasta el discipulado bíblico y el desarrollo de liderazgo, el latido de *Breaking Free* pulsa en cada parte del centro. Y algo poderoso está ocurriendo. La esperanza está amaneciendo. La sanidad está echando raíces. Las vidas están siendo reescritas por la mano de Dios.

Para muchos de estos jóvenes, es la primera vez que alguien los mira a los ojos y les dice: “Tú importas. Vale la pena salvarte. Vale la pena luchar por ti.” En un país donde la oportunidad es escasa y el trauma es común, algunos de estos jóvenes ahora están diciendo: “Quiero retribuir. Quiero ayudar a otros como Dios me ayudó a mí.” Este es el fruto de la redención. No solo recuperación—sino legado.

A menudo les digo: “Bien comenzado es medio hecho... pero bien ido, significa que aún te falta la mitad.” Comenzar bien es esencial. Pero mantenerse firme—eso es lo que construye un futuro nuevo. Y ahí es donde el discipulado brilla.

Uno de los aspectos más hermosos de este centro es su ritmo comunitario 24/7—una atmósfera familiar que he valorado desde mis primeros días trabajando en un rancho para chicos en los años 90. El ministerio juvenil nunca es fácil. Estos chicos son algunos de los más incomprendidos y menos priorizados en el mundo de la recuperación.

Lo he escuchado una y otra vez: “Todavía no están listos.” Pero mi respuesta siempre es la misma: “No quiero que tengan que estar listos—quiero encontrarlos justo donde están.” Estos chicos no necesitan otro programa. Necesitan ser paternados. Necesitan ser maternados. Necesitan ser pastoreados—no procesados.

Esa cultura de cuidado... el caminar lento y fiel del discipulado real... La presencia tangible de Dios tejida en las rutinas diarias... Todo eso está aquí de nuevo. Y me siento profundamente honrado de ser parte de ello. En Su providencia, Dios me ha colocado a solo 30 minutos del único centro de su tipo en Costa Rica—un lugar que se ha convertido en mi segundo hogar.

Estoy aquí apoyando a un querido amigo y su esposa, quienes han liderado fielmente esta obra transformadora por más de 21 años. Con una mezcla de precisión italiana y compasión cristiana, han construido una de las comunidades

de rehabilitación juvenil más notables que he visto—marcada por la dignidad, la disciplina y el propósito divino.

Pronto regresarán a Italia, y se me ha pedido ayudar a llevar la estafeta—a cuidar y guiar esta obra hacia su próximo capítulo. No estamos simplemente continuando un programa. Estamos llevando un legado. Juntos, estamos construyendo no solo para hoy—sino para las generaciones futuras. No solo para los chicos que servimos—sino para sus futuras familias. No solo por sobriedad—sino por propósito en el Reino de Dios.

Este trabajo no es glamoroso. Es áspero. Es lento, constante, muchas veces invisible. Está lleno de guerra espiritual y victorias silenciosas. Pero es sagrado. Porque cada vez que un joven se levanta y dice: “Quiero seguir a Jesús,” el reino de las tinieblas pierde terreno.

Y en todo esto, esta verdad permanece inquebrantable:

El plan de Dios nunca falla.

Y mientras Él nos dé aliento, seguiremos edificando—una vida a la vez.

“Serán llamados robles de justicia, plantío del Señor, para gloria suya.”
— Isaías 61:3

Capítulo 19: Más Allá de las Fronteras – Un Movimiento Global de Recuperación (2025)

Lo que comenzó como un susurro en el corazón de un joven desesperado se ha convertido en un eco global de redención. Breaking Free nunca se trató de construir un imperio—siempre se trató de construir personas. Fue forjado en la oscuridad, nacido en las trincheras de la recuperación de adicciones, el ministerio callejero, el discipulado en prisión y el servicio sacrificial entre los más pobres. Todo comenzó con un desesperado “Sí, Señor,” y creció a través de mil más. Cada momento de rendición, cada paso de obediencia, se convirtió en una piedra sobre la cual avanzar. Y Dios, en Su fidelidad inquebrantable, hizo lo que solo Él puede hacer: multiplicó la misión más allá de lo que jamás podríamos haber imaginado.

Hoy, el mensaje de verdadera libertad no conoce fronteras. Cruza continentes, rompe cadenas generacionales y da vida a algunos de los rincones más desesperados, olvidados y espiritualmente estériles del mundo. Pero esta historia no se trata solo de crecimiento o alcance global. Se trata de propósito.

Por qué vamos. Por qué servimos. Por qué lo entregamos todo. Porque cuando Jesús libera a alguien, no se detiene ahí—enciende un fuego sagrado que anhela reproducirse. La libertad, cuando es verdaderamente entendida y recibida, se niega a quedarse en silencio. Da a luz una carga por ver a otros experimentar la misma sanidad, la misma gracia, la misma transformación.

Nuestro currículo de recuperación centrado en Cristo, de 1,200 horas—basado en la restauración de adicciones, la sanidad familiar, la identidad en Cristo y el liderazgo servicial—no fue escrito en un aula. Nació en medio de la guerra espiritual, del discipulado real, y de la revelación divina del Espíritu Santo. Formado en las trincheras, probado por el fuego y refinado a través de años de ministerio en las calles, centros de recuperación y prisiones, este mensaje ya no está confinado a Texas. Ahora está siendo traducido, enseñado y transferido a través de fronteras y culturas—convirtiéndose en una herramienta de transformación en las manos de guerreros de recuperación alrededor del mundo.

He dicho por décadas: la herramienta más efectiva para alcanzar almas no es una puerta abierta de iglesia—es iniciar centros cristianos de regeneración que traten directamente con la adicción, seguidos por clases de recuperación familiar. Cuando las familias se sanan y se restauran, no solo se estabilizan—se levantan. Se convierten en un poder evangelístico. Porque nada predica más fuerte que una vida transformada.

La verdad es esta: la adicción está desenfrenada en todo el mundo, pero la ayuda real casi no existe. Las iglesias están abrumadas o mal equipadas. Los gobiernos no pueden legislar la sanidad. Pero cuando la recuperación centrada en Cristo se encuentra con la necesidad desesperada, comienza el avivamiento. Desde el África rural hasta Italia, desde Centroamérica hasta la iglesia subterránea en partes de Asia, los líderes locales se están levantando—equipados con las mismas herramientas bíblicas y principios guiados por el Espíritu que ayudaron a reconstruir vidas rotas en nuestra tierra natal.

A través de manuales traducidos, entrenamientos en video en tiempo real, sesiones virtuales de capacitación y mentoría personal continua a distancia, el mensaje se está difundiendo más rápido y alcanzando más lejos de lo que jamás soñamos. Lo que antes parecían esfuerzos aislados ahora están convirtiéndose en puestos de avanzada de avivamiento, cada uno portando el ADN de la redención.

Y ahora, en Breaking Free Costa Rica, hemos abierto cabañas de huéspedes—un lugar de visión y descanso para aquellos que están llamados a los quebrantados. Ya sea que seas un líder de ministerio, un misionero, o alguien buscando la

próxima asignación de Dios, te invitamos a venir y verlo de primera mano. Camina por la tierra. Conoce a los chicos. Sé testigo de la transformación. O simplemente ven a retirarte un tiempo para buscar al Señor en un lugar sereno y tranquilo, donde el Espíritu habla y fluye una visión fresca. Solo llega—nosotros nos encargamos del resto. Al estilo “Pura Vida.”

Y en el corazón de todo está una verdad simple y poderosa: La recuperación no se trata solo de ser liberado—se trata de convertirte en quien fuiste creado para ser. Breaking Free siempre ha sido atraído por los lugares difíciles—esas regiones y comunidades consideradas demasiado perdidas, demasiado corruptas, demasiado peligrosas. Las llamamos Zonas EGR: Zonas que Requieren Gracia Extra. Pero hemos aprendido algo en esos lugares: cuanto más oscura es la situación, más brilla Jesús.

La tecnología se ha convertido en un puente divino. Lo que antes estaba limitado por la geografía ahora se multiplica por la conexión. A través de plataformas en línea, estamos plantando ministerios, capacitando líderes y compartiendo la sabiduría forjada durante años de experiencia en el frente de batalla. Lo que comenzó como una obra silenciosa en la oscuridad—una vida cambiada a la vez—se ha convertido en una fuerza del Reino, transformando vidas, comunidades y generaciones.

Yo sigo plenamente involucrado, rotando entre Texas y Costa Rica cada dos meses—totalmente presente, totalmente comprometido. En papel, no tiene sentido. Pero el Reino de Dios rara vez lo tiene. El mundo mide el éxito por estructuras, salarios y escala. Nosotros lo medimos por la rendición. Y aquí hay algo que aún sorprende a muchos: Breaking Free es 100% dirigido por voluntarios. Ni un solo miembro del equipo recibe un salario. Eso no es un descuido—es por diseño. Es parte de nuestro ADN. Creemos que Dios está levantando líderes que arden por un propósito, no por una posición. Nuestro modelo atrae a los llamados—no solo a los acreditados. Mantiene nuestro enfoque claro, nuestros costos bajos y nuestra dependencia de Dios absoluta. No hay espacio para el ego—solo lugar para la gracia.

Hoy, a menudo me encuentro sentado con líderes de ministerios que operan con presupuestos multimillonarios. Y más veces de las que puedo contar, son ellos los que nos preguntan, “¿Cómo están haciendo esto?” Se sorprenden al saber que cada rama de Breaking Free—desde la administración hasta el alcance callejero, desde el ministerio en prisiones hasta las misiones globales—se sostiene por voluntarios que simplemente le dijeron “sí” a Jesús. No está construido sobre dinero. Está construido sobre fe. Sobre sudor. Sobre sacrificio.

Y sobre la creencia inquebrantable de que Dios siempre provee para lo que Él ordena.

“Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.” — Salmo 2:8

Esto es más que un programa. Es más que un modelo. Es un movimiento. Un movimiento de hijos e hijas que se levantan en libertad. Un movimiento más allá de las fronteras, más allá del miedo, más allá de lo que alguna vez creímos posible. Un movimiento impulsado por la gracia, llevado por el Espíritu y dirigido al corazón del propósito global de Dios. Y nuestra respuesta—nuestra única respuesta—es esta: Toda la gloria sea para Dios. Amén y amén.

Epílogo: Una Palabra Personal Sobre la Familia

A través de cada prueba soportada, cada triunfo celebrado y cada milagro presenciado, doy gracias a Dios por el regalo de la familia. Soy un padre agradecido de tres hermosas hijas y un hijo increíble—todos ya adultos, todos caminando con Jesús, y cada uno persiguiendo su llamado único con propósito y pasión. Sus vidas son la prueba viviente de que Dios no solo redime lo roto, sino que también restaura generaciones. También he sido bendecido más allá de las palabras por mi familia adoptiva en Costa Rica—un hijo y seis hijas—cada uno un testimonio vivo de la gracia redentora de Dios. No solo entraron en mi casa; se convirtieron en parte de mi corazón. Verlos sanar, crecer en la fe y levantarse en su propósito dado por Dios ha sido uno de los mayores honores de mi vida. Además de mis hijos biológicos y adoptivos, he tenido el privilegio de ser padre espiritual de muchos otros a lo largo de los años—hombres y mujeres que encontraron esperanza, sanidad y propósito en Cristo, y que ahora caminan en libertad y liderazgo. Cada uno es una piedra viva en la casa espiritual que Dios sigue edificando. Y ahora, soy el orgulloso abuelo de trece maravillosos nietos—cada uno un recordatorio precioso de la fidelidad y el favor generacional de Dios. No solo son parte de mi historia—son el legado de Dios a través de mi vida.

"Al Padre Que Espera, al Cónyuge Fiel o al Abuelo Que Ora"

Si estás leyendo esto como padre, abuelo o ser querido cuya hija o hijo no está caminando en la luz en este momento—no pierdas la esperanza. Sigue orando.

Sigue amando. Sigue creyendo. Soy la prueba viviente de que nadie está demasiado perdido y de que ninguna historia está más allá de la redención. Dios es fiel, incluso cuando todavía no lo vemos. A veces, los mayores milagros son los que más tiempo tardan en desarrollarse. Aguanta. La esperanza en Cristo nunca decepciona. Solo no dejes de creer. “Cree en el Señor Jesús, y serás salvo tú y tu casa.” — Hechos 16:31

A Quienes Hicieron Esto Posible

Finalmente, quiero expresar mi más profunda gratitud a cada persona que ha ayudado a que *Breaking Free* sea lo que es hoy. A los que han donado tiempo, recursos, finanzas y oraciones fieles—ustedes son el fundamento invisible debajo de cada testimonio compartido en estas páginas. Han ayudado a llevar esta misión adelante con amor y sacrificio. Tal vez yo cuente la historia, pero ustedes son parte de cada capítulo. Gracias por caminar con nosotros, servir junto a nosotros y creer en lo que Dios está haciendo. Juntos, estamos rompiendo cadenas, edificando vidas y levantando un legado de libertad que nos sobrevivirá a todos.

La Historia Continúa — Todavía Rompiendo Cadenas

***Breaking Free* no ha terminado. Este pequeño libro sigue abierto, porque Dios aún está escribiendo nuevos capítulos. Mientras queden cadenas, mientras la adicción, la desesperanza y la oscuridad aún dominen corazones, mientras almas olvidadas y heridas clamen por esperanza... *Breaking Free* irá. Seguiremos presentándonos en los lugares difíciles, los lugares ocultos, los lugares sin esperanza, llevando la verdad inquebrantable del Evangelio con valentía, compasión y fe.**

Esto no es solo una misión; es un movimiento de misericordia. Un llamado a llevar libertad donde el infierno ha intentado establecerse. Y creo, con todo mi corazón, que lo mejor está por venir. Más vidas por rescatar. Más líderes por levantar. Más naciones por alcanzar. Más milagros por presenciar.

Así que no cierres este libro esperando una página final. La verdadera historia aún se está desarrollando: en prisiones, en calles, cruzando fronteras, y en corazones que se atreven a creer que la libertad es posible en Jesús. Desde

lugares oscuros hasta propósitos divinos, la misión continúa: alcanzar al perdido, levantar al quebrantado, liberar al cautivo.

Cada día, Dios escribe nuevos testimonios a través de vidas rendidas. Y no hemos terminado. Seguimos adelante—rompiendo cadenas, derribando barreras. Esta historia puede llenar páginas, pero el verdadero trabajo continúa. Yo sigo rompiendo cadenas. No de la adicción, sino del confort, del miedo, de cualquier cosa que intente detener lo que Dios quiere hacer a través de una vida dispuesta.

Mientras haya aliento en mis pulmones y gracia en esta misión, seguiré diciendo sí. Y para ti que estás leyendo esto—eres parte del próximo capítulo. Dios no ha terminado. Lo mejor aún está por venir.

Todavía Rompiendo Cadenas—una vida, un alma, un milagro a la vez.

"Porque donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad." — 2 Corintios 3:17

¿Necesitas Ayuda? Solo Comunícate

Si alguna vez te encuentras luchando, necesitando orientación o simplemente alguien con quien hablar, por favor, no dudes en comunicarte. No estás solo.

Sería un honor escucharte, orar contigo o ayudarte a dar el siguiente paso hacia la sanidad y la libertad.

Puedes llamarme directamente al (972) 890-5290 o al (214) 501-6000

Correo electrónico: scottmormon@gmail.com

Sitio web: www.bfinc.org

Sin presión. Sin juicio. Solo gracia.

Estamos aquí.

Una Nota Final

He pasado incontables horas escribiendo y orando a lo largo de este proceso. El Señor Dios, por medio de Su precioso Espíritu Santo, me dio la inspiración para hacerlo durante un reciente Shabat. A lo largo de los años, varios editores y escritores me pidieron que compilara mi historia, pero siempre dije que no—simplemente no sentía que era el momento.

Digo todo esto para dejar algo claro: lo que he escrito aquí es profundamente personal. Lo he revisado una y otra vez, y estoy en paz con ello. Puede que notes errores gramaticales o estructuras de oración imperfectas. Te pido perdón por eso. Me doy cuenta de que este proceso no se trataba de producir un manuscrito perfecto, sino de reflexionar sobre mi propio camino—de ver los muchos errores que he cometido a lo largo de los años, y aun así reconocer al Dios que me rescató en medio de todo.

Creo que Él me está preparando para el cuarto cuarto de mi vida. Y siento que todo lo vivido hasta ahora ha sido solo una preparación para lo que aún viene.

Dios te bendiga.

“Porque yo sé los planes que tengo para ustedes” —afirma el Señor— “planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza.”

— Jeremías 29:11

© Jesús Tiene los Derechos de Autor

Este material le pertenece a Jesús.

Él es el Autor y Dueño de cada palabra inspirada escrita aquí.

Eres libre de copiar, compartir, imprimir y reproducir este contenido para bendecir, edificar y traer sanidad a los quebrantados—especialmente a quienes luchan con adicción, trauma, pérdida o necesidad espiritual.

No puede ser vendido ni utilizado para beneficio personal o comercial.

El corazón de este recurso es el Reino, no el comercio.

Si lo compartes, hazlo con amor, fidelidad al mensaje original y para la gloria de Dios.

Jesús lo dio gratuitamente; así que lo damos gratuitamente.